

Plumas del desierto es una colectiva feminista que tiene entre sus objetivos compartir la experiencia literaria de obras escritas por mujeres. Desde 2020, cada sábado, sus fundadoras, Arlett Cancino y Sonia Ibarra, generan en la red un espacio de resistencia en el que se discuten, se paladean y se resignifican obras literarias bajo la mirada violeta. Además de promover la lectura y la sororidad, mediante la colectiva se organizan presentaciones culturales inspiradas en autoras, se musicalizan poemas, se hacen publicaciones en redes sociales sobre textos feministas, se imparten talleres de escritura creativa y a manera de «affidamento» se sostienen unas a otras ante la página en blanco hasta encontrar en la palabra escrita el camino hacia el autosustento.

MÓNICA MUÑOZ MUÑOZ



Arlett Cancino / Sonia Ibarra Valdez PLUMAS DEL DESIERTO /17 ESCRITORAS MEXICANAS



Arlett Cancino
Sonia Ibarra Valdez
(coordinadoras)







PLUMAS DEL DESIERTO
17 ESCRITORAS MEXICANAS



Primera edición 2025

*Plumas del desierto
17 escritoras mexicanas*

DR © Arlett Cancino

DR © Sonia Ibarra Valdez

Coordinadoras

DR © Taberna Librería Editores

Godiva Galería, calle Fernando Villalpando 206, Centro, 98000

Zacatecas, Zacatecas

tabernalibrariaeditores@gmail.com

Diseño y edición: Juan José Macías

Imagen de portada: Liana Cortés Rodríguez

Corrección de estilo: Ma. Luisa Vasquez Vera y Brenda Ortiz Coss

ISBN: 978-607-2648-01-2

Queda prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.





ARLETT CANCINO
SONIA IBARRA VALDEZ
(coordinadoras)

MMXXV



TABERNA LIBRARIA EDITORES





ARLETT CANCINO VÁZQUEZ	
SONIA IBARRA VALDEZ	
Plumas del desierto y el poder de escribir en colectivo	11
MÓNICA MUÑOZ MUÑOZ	
Prólogo	15
TANIA ANAID GUTIÉRREZ GARCÍA	
En un cuaderno flaco	22
MARÍA MARRO	
Eternidad	28
El llamado	30
ESTHER ESCALANTE	
El Espíritu del agua	36
Delfina	40
BRENDA ORTIZ Coss	
Cambiar un pañal	44
Tu gran amor	46
DALIA DE LA TORRE JIMÉNEZ	
Tengo diez años	52
ARLETT CANCINO	
Sombras de polvo	58
Agazapadas	62
MAYRA MAGDALENA VELÁZQUEZ VARGAS	
Valentina y su abuela	70

LIANA CORTÉS RODRÍGUEZ	
Sepia	74
Revna	78
LUISA VERA	
Chaparra	82
SARA ORTIZ GARCÍA	
Desolación	88
Oniria deseante	90
MA. DEL CARMEN IBARRA GARCÍA	
Matilde	94
SONIA IBARRA VALDEZ	
Olas de arena	100
En el patio trasero	101
SHARON MELISSA LLAMAS CAMPOS	
Cronología de las canas	106
PATRICIA QUINTERO RODRÍGUEZ	
Niños traviesos	108
ALONDRA YETZEMANÍ CAMPOS GARCÍA	
El arte del desamor	114
MARÍA DOLORES GARAY GUERRERO	
Tío Menea	120
EUNICE MÉNDEZ ROMERO	
Petatearse	126

A quienes nos leen

*A las plumas que no pudieron escribir,
por las historias que se quedaron en el tintero
y por las voces que esperan ser escuchadas*



PLUMAS DEL DESIERTO
Y EL PODER DE ESCRIBIR EN COLECTIVO

La escritura es un medio de expresión, una poderosa herramienta para construir identidades, como lo dijo Simone de Beauvoir: «es una manera de afirmarse a sí misma, de reclamar un lugar en el mundo que a menudo se nos ha negado», porque nos permite afianzar los sentidos que encontramos en nuestra cotidianeidad, a veces asfixiante, a veces maravillosa, pero siempre genuina; sentidos que de otra manera desaparecen entre las discusiones diarias, mientras las obligaciones nos absorben o nos come el tiempo con su inexorable marcha. Escribir es una forma de nombrarnos, afirmarnos, resistir e imaginar que nuestra manera de ver la realidad es importante y necesaria para transformar entornos; esto lo hemos constatado en *Plumas del desierto*, una colectiva que asume la escritura como un acto de libertad y de autonomía.

Fundada en noviembre de 2022, *Plumas del desierto* surge con el propósito de promover y difundir la literatura y escritura hecha por mujeres, especialmente, de las zacatecanas. Desde sus inicios se constituye como un espacio separatista en el que las mujeres se sienten seguras de compartir sus sentirpensares. Se conforma de una serie de actividades, entre ellas talleres de escritura creativa y círculos de lectura donde se prioriza la escucha, el intercambio y el acompañamiento creativo. Creemos en la visión de feministas como bell hooks, quienes apelan a la construcción de comunidades de aprendizaje abiertas, en las que se busca la autoidentidad y autoafirmación de las mujeres, por eso en *Plumas del desierto* privilegiamos una dinámica horizontal en la que todas las integrantes

pueden participar en la creación y desarrollo de nuestras actividades; porque confiamos en la capacidad de cada una, «aquí, quien propone, realiza».

De igual manera, valoramos los sitios virtuales que permiten la colaboración con mujeres de otras latitudes; entre nuestras participantes se encuentran tamaulipecas y capitalinas, por ejemplo. Estamos seguras de que no hay impedimento para incursionar en la escritura, al contrario, reconocemos la experiencia de vida de mujeres de cualquier edad, profesión y trayectoria, pues nos permite empatizar con entornos que no nos son familiares; esto ha Enriquecido significativamente cada encuentro y ha fortalecido un vínculo de confianza, respeto, amistad y sororidad entre las integrantes; asimismo ha generado un ambiente cordial y amable, donde no se toleran comentarios ofensivos o malintencionados, porque cada una escribe desde su historia, su conocimiento, su perspectiva. En ese sentido, en este espacio, ninguna voz es más valiosa que otra, todas aportamos desde lo que somos y desde lo que vivimos.

Para trascender las vivencias de nuestros encuentros y visibilizar nuestras voces, en *Plumas del desierto* siempre buscamos lugares donde nuestros textos sean publicados desde esa libertad que permite a nuestras plumas transitar por diversos géneros y temas, dando forma a una literatura honesta, plural e íntima. Sabemos que publicar es un acto político y simbólico, es una forma de gritar «estamos aquí y tenemos algo qué decir», por ello, a inicios de 2024 decidimos emprender un nuevo proyecto colectivo, la publicación de un libro autogestivo. Un año después, lo vemos materializado en esta obra donde reunimos una muestra significativa del trabajo que hemos realizado. Este libro no es simplemente una compilación de textos, es una prueba de que cuando las mujeres nos escuchamos y acompañamos podemos construir juntas algo poderoso.

Esta obra es fruto de la colaboración, de la sororidad, del entusiasmo compartido y de la certeza de que escribir también es

una forma de transformar el mundo. Aquí están nuestras voces, memorias, ficciones, heridas, esperanzas. Aquí estamos 17 mujeres que escribimos desde el desierto de lo cotidiano para florecer en la palabra.

Arlett Cancino Vázquez y Sonia Ibarra Valdez



PRÓLOGO

«Pita descubre una palabra nueva» es el título de una lección del libro de español-lecturas que, para quien estas líneas escribe, significó una epifanía en varios niveles hace cuatro décadas. Mientras las grafías dejaban de ser dibujos y adquirían en la mente un sentido, un significado para revelar una historia, la de la búsqueda del referente del vocablo *palitroche*, también se realizaban descubrimientos de mayor luz: *a)* Pita era una niña, lo que implicaba que las mujeres podíamos ser protagonistas, que el mundo escolar y familiar en cuyo centro existían los niños no estaba completo; *b)* Pita era una protagonista curiosa, investigadora, reflexiva, así que las niñas no teníamos por qué restringirnos a la pasividad; *c)* las palabras existían como objeto y no sólo como medio de comunicación, había que detenerse en ellas, buscarles un lugar en la realidad, cambiarles el significado hasta encontrar cómo asirlas, cómo ayudarnos de ellas, cómo dejar que nos habiten y cómo habitárlas, a la manera de Michel Petit (2009).

Plumas del desierto es una colectiva feminista que tiene entre sus objetivos compartir la experiencia literaria de obras escritas por mujeres. Desde 2020, cada sábado, sus fundadoras, Arlett Cancino y Sonia Ibarra, generan en la red un espacio de resistencia en el que se discuten, se paladean y se resignifican obras literarias bajo la mirada violeta. Además de promover la lectura y la sororidad, mediante la colectiva se organizan presentaciones culturales inspiradas en autoras, se musicalizan poemas, se hacen publicaciones en redes sociales sobre textos feministas, se imparten talleres de escritura creativa y a manera de «affidamento» se sostienen unas a otras ante la página en blanco hasta encontrar en la palabra escrita el camino hacia el autosustento.

Se trata de encontrar en el dominio lingüístico y la palabra compartida la comunicación que describe, concreta, imagina y delimita los mundos íntimos y colectivos en sororidad plena. Como se explica en el artículo «Educación no formal para mujeres. La labor de las colectivas literarias en México» (Cancino, 2025), en *Plumas del desierto* «se fomenta la capacidad de análisis y el sentido de crítica, tanto personal como colectivo» y se hace de la lectura «un medio para la recuperación de la genealogía femenina de esas otras que escribieron y que en su literatura reflejan modelos de mujeres más reales y genuinos y a los que es necesario visibilizar tanto como se hace con los hombres». (Cancino, 2025, p. 193).

La experiencia de compartir textos entre mujeres con valores de sororidad permite afirmar la valía e intelectualidad. Las colectivas literarias derriban los juicios sexistas que suelen provocar el ataque de unas mujeres a otras; son espacios donde, como diría bell hooks (2023), se desaprende el autodesprecio de las mujeres, se desarraiga el pensamiento patriarcal promotor del castigo mutuo entre compañeras de género y se generan iniciativas propias del affadamento como lo es este libro que alberga, amorosamente, 17 textos de las integrantes de *Plumas del desierto*. Cuando Pita descubrió una palabra nueva también se descubrió a sí misma porque *hacer cosas con las palabras*, porque cambiar el orden simbólico mediante la narración, la poesía o la redefinición de las narrativas personales es apropiarse de la lengua para el autodescubrimiento. Leer y escribir son ejercicios de búsqueda de identidad. Aquí estamos, queridas *Plumas del desierto*.

A pesar de lo contradictorio que pueda parecer, existe en el mundo humanista contemporáneo una tendencia a la crítica feroz que culmina en la desesperanza, en la negatividad o en la violencia. En espacios de mujeres la mordacidad de los juicios suele obedecer al enemigo (en masculino) interno, al sexismoo interiorizado al que se refiere bell hooks (2023); sin embargo, en un libro como el que hoy usted tiene en sus manos, amable lectora o lector, la escritu-

ra y el entendimiento son frazadas, mantos de protección, capas mágicas de la especie. Las narraciones han de darnos calor, han de cubrirnos, han de permitir que el fuego humanitario continúe encendido para no congelarnos, para no destrozarnos, para no perdernos en los desencuentros.

En franco ejercicio sororo las páginas siguientes permiten el levantamiento de un mapa literario y con intención literaria en el que se cuestionan herencias sexistas, se subvierten realidades, se forjan resistencias, se tejen futuros posibles. No se trata de un conjunto de quejas, llantos o lamentos que podrían adivinarse desde la visión patriarcal sobre el estereotípico mundo femenino como lo explica revelando el sexismó la historiadora Mary Beard, «cuando las mujeres defienden una cuestión en público, cuando sostienen su posición, cuando se expresan ¿qué decimos que son? Las calificamos de *estridentes*; *lloriquean* y *gimotean*»; las *Plumas del desierto* son 17 voces propositivas, resilientes, que delimitan la colectividad de género construyendo diques de contrapoder, integrando un coro de resistencia desde el que escriben, cantan, alivian heridas. Más que un adorno teórico, en la colectiva el feminismo es una manera de narrar y habitar la vida.

Tania Anaïd Gutiérrez García es la primera Pluma que «En un cuaderno flaco» nos sumerge en el bello, triste, tierno y amenazador mundo infantil de Nakawé, una niña wixarika que entre el aislamiento y la mesura de su comunidad aprende a sostenerse, a cuestionar, a describir la violencia mediante la escritura, pero también aprende la resiliencia; descubre después de narrar su mundo que el conflicto pasa como el agua y que el infortunio amenaza cuando las hojas terminan.

María Marro con «Eternidad» y «El llamado» nos hace vislumbrar caminos libertarios y salidas sorpresivas que bien pueden corresponder a la locura, la muerte o el orgasmo. Esther Escalante recupera el eterno femenino con «El espíritu del agua» y explica la pasividad a la que son obligadas muchas mujeres en «Delfina». La

poeta y narradora Brenda Ortiz Coss en «Cambiar un pañal» y «Tu gran amor» nos entrega dos iluminadores textos sobre la soledad y el crecimiento en la maternidad y la vida amorosa. Dalia de la Torre Jiménez a través de «Tengo diez años» plasma la desigualdad de crianza entre hombres y mujeres que resulta en la justificación de cualquier actuar de ellos y en la ausencia de confianza, amor y reconocimiento hacia ellas.

En «Sombras de polvo» y «Agazapadas», Arlett Cancino juega con la estructura narrativa para contarnos las historias de mujeres que se saben dueñas de sus días, de sus sueños, de su sexualidad y futuro aunque la tierra que trabajan sea un préstamo, aunque la ansiedad e inseguridad sean un monstruo con el que se convive bajo su amenaza furtiva. El horizonte es grande y vamos tras él. Mayra Magdalena Velázquez en «Valentina y su abuela» describe el contraste entre generaciones, devela esperanza y oportunidad para la infancia en mundo que rompe tradiciones. Liana Cortés Rodríguez mediante «Sepia» y «Revna» nos enseña a resolver la violencia y el maltrato a través de la fantasía.

Sara Ortiz García filtra de música la escritura y nos entrega dos poemas «Desolación» y «Oniria deseante», sus versos cantan el dolor por el amor que nos ha cubierto y ha de consumirse. Ma. del Carmen Ibarra García en «Matilde» aborda dos tópicos imprescindibles de las mujeres a cualquier edad: la amistad y la libertad. Sonia Ibarra en «Olas de arena» y «El patio trasero» juega con la complicidad de abuelas y brujas, mujeres capaces de plantar resistencia a los valores de su época ya sea en la arena, ya sea en la fantasía.

Sharon Melissa Llamas Campos en «Cronología de las canas» y Patricia Quintero Rodríguez asocian vejez y realidad hasta descubrir la sabiduría: María Sabina es una de las nuestras. Alondra Yetzemaní Campos García nos entrega dos textos de intención poética sobre el desarmor; María Dolores Garay nos cuenta sobre el «Tío Menea», única figura masculina en la antología. Con juegos comunicativos entre dos abuelas unidas por el espacio perpetuo, la

rivalidad y el amor, Eunice Méndez cierra el libro con «Petatearse», denunciando de manera hábil y discreta la violencia sufrida y la metamorfosis de quien fue víctima.

Las *Plumas del desierto* han encontrado el camino hacia la selva amazónica; montan sus textos y se descubren unas a otras. Pita está con ellas y la que escribe también. Abrazos sororos.

MÓNICA MUÑOZ MUÑOZ

Mayo de 2025

REFERENCIAS

- Bear, M. (2023). *Mujeres y poder*. Crítica.
- Cancino Vázquez, A. (2025). «Educación no formal para mujeres. La labor de las colectivas literarias en México». En Gutiérrez Hernández, Norma y Solís Hernández, Oliva. (Eds.), *Historia de la educación en México, siglos XIX-XXI: voces femeninas y feministas de cara a la igualdad de género*. Párradoja editores.
- bell hooks. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de sueños.
- Petit, M. (2024). *Somos animales poéticos*. Algunos usos de los libros y del arte en estos tiempos críticos. Ágora Travesía.



TANIA ANAID GUTIÉRREZ GARCÍA
(Guadalajara, Jalisco)

Licenciada en Biología por la Universidad de Guadalajara, maestra y doctora en Ciencias Biológicas por parte de la UNAM, fue Profesora e Investigadora Titular (2015–2024) además de miembro Nivel 1 del SNI (2014–2020). Ha publicado diversos artículos científicos y de divulgación como resultado de proyectos de áreas diversas, entre las que se incluyen filogeografía, genómica y biodiversidad. Actualmente es escritora, editora e investigadora independiente.

EN UN CUADERNO FLACO

A las Plumas del Desierto

El maestro Taiyari dice que todos soñamos. Hoy, después de clase, me lo ha dicho. El maestro no puede venir todas las semanas porque son muchas horas de camino desde su casa hasta aquí. Cuando viene, las madres hacen una olla grande de caldo de la que comemos todos. Si hubo mucha cosecha y hay mucho maíz el caldo es de gallina, si no, es de conejo. Nos da clases el día completo. Nosotros, que casi no usamos dinero, le regalamos pulseras que hacemos y que tienen flores. Las pulseras son de bolitas de plástico que se llaman chaquiras. Antes, dice la abuela, las bolitas eran de madera. En total todos los niños, chicos y grandes, somos doce. Acá en la sierra vivimos, en siete casas repartidas en un pinar. Cada casa tiene paredes de troncos y techo de lodo con ramas. Nuestras luces por la noche son velas de cera.

El maestro me ha dicho que cuando me sienta triste, si no puedo cantar, que escriba. Me ha regalado un cuaderno flaco con rayas y dijo: «escribe tus sueños o dibuja». Me prometió que me iba a sentir bien, como cuando hace calor y vas al río a nadar. Cuando te mojas en el río, te ríes, todos reímos. Por eso escribo. A veces mientras duermo sueño que bailo descalza sobre cuamil pidiendo lluvia. El cuamil es la tierra donde hubo cosecha de maíz, de frijol o calabaza. Otras veces sueño con mi abuelo vestido de venado, con el sol que baja hasta la tierra y entonces todo nace. Nacen los venados, nacen los pájaros, nacen las serpientes. Me gusta soñar, todos soñamos, yo creo.



El maestro no ha venido. No sé cómo decirle que escribí algunas veces pero que ya no quiero. Los sueños me persiguen, me despiertan en la noche y me quedo triste. Triste como el coyote cuando pierde a sus cachorros. Y me duele todo, aunque no esté herida por una flecha. Ayer bordé en mi falda un coyote azul. Sólo quedaba hilo azul, los demás colores se los habían llevado los otros niños porque se los ordenó Haisi. Todos saben que el verde es el que me gusta, pero cuando abrí la caja de hilos, sólo había azul. La abuela me ha preguntado qué tengo, pero no le digo. Yo creo que todo empezó cuando fuimos por la leña en la mañana. Les conté a todos que me gustaba escribir en el cuaderno. Les enseñé un dibujo que hice usando semillas. Las pegué con jugo del que sale de los jitomates, como al cabello cuando nos peinamos las trenzas. No sé por qué, pero de un golpe Haisi tiró todas las semillas y los demás se rieron. El golpe de Haisi fue al cuaderno, pero yo lo sentí aquí en el collar, en el pecho. Junté mis semillas, las guardé en el puño hasta el anochecer. Quería soltarlas, pero no podía. Aún escucho cómo rieron. Haisi es muy grande, se puede subir a todos los árboles, tiene unas manos fuertes, me da miedo. Todos lo siguen, él manda, pero cuando hay adultos es tan pequeño como un gorroncito.



La abuela dice que la cabeza y el corazón son uno. También me ha dicho que el corazón de todos es igual, pero no. Hay corazones malos, lo sé porque se han robado también los hilos y chaquiras que tenía en mi casa. Sé que fue Haisi, ha mandado a los niños más chicos por ellos, he visto sus huellas en la tierra. Mi madre me ha dicho que ya no hay más material para collares, pero que puedo bordar si deshago las flores de las servilletas. No quise. Ahora llevo el cuaderno en la cintura de la falda. Lo llevo a todos lados porque no quiero que lo vean. Lo aprieto fuerte, uso el rebozo para esconderlo. Es difícil porque, aunque en las noches llueve, todo el día



hace calor como para no quitármelo. En las mañanas me esconde como tigre en el monte. Trepo un árbol. Cuando estoy aquí, con mi cuaderno, nadie viene a molestarme. Hoy mientras trepaba me acordé de que mi nombre, Nakawé, significa dueña de las estrellas y del agua. A veces, sobre todo en estas noches, siento que me ha abandonado el agua y que, como el cielo se nubla antes de dormir, tampoco vienen conmigo las estrellas. No soy Nakawé, no soy su dueña. Me duelen los brazos, el corazón, me duele todo.



Si no dormimos no soñamos. Está bien, no quiero soñar. Cuando sueño siempre está Haisi. El otro día en mi sueño toda mi ropa tenía lodo y agujeros, él se reía y todos, incluyendo las calabazas, se reían con él de mí. Las calabazas no están en la recámara sino en la cocina, pero en mi sueño estaban alrededor mío, riéndose junto con él. Otro día los animales de mi falda me trepaban, se metían por mi boca y cuando yo hablaba para acusarlo no se oía nada, los animales no dejaban las palabras salir. Por eso ya casi no duermo, despierto triste. Nadie le hace algo a Haisi. Yo tampoco puedo decir nada, es como en mi sueño. Además, todos sabemos que de estas cosas no debemos hablar. Así que escribo, como dijo el maestro, y me quedo en paz, es como medicina. Escribir nadie me lo prohíbe. Se puede escribir hasta en la tierra. Ya casi no me quedan hojas, pero no creo que a él le moleste que se acaben porque para eso me lo regaló.



A Haisi lo han herido con una flecha en una pierna y como todos los demás fueron al pueblo a las fiestas, mi madre me ha enviado a coser la herida. Me dijo que se hace igualito que como cuando curramos las de mi padre. Le he dicho que no, pero amenazó con que, si no iba, nunca más iba a dejarme escribir. Bajé hasta la casa de Haisi llevando raicilla, agujas e hilo de cáñamo conmigo. A mí me

dio poquito gusto que le dieran a él y no al venado porque estaba enojada, pero cuando lo vi triste, cuando escuché sus quejidos aun con la herida pequeña, se me quitó.



El maestro no regresa. Nadie sabe cuándo va a volver. Uso mis últimas hojas porque es importante escribir que tuve cerquita un venado. Me arrodillé frente a él como hacen los abuelos antes de tirar las flechas. El venado tenía sus ojos negros, como los míos. Era muy bonito, con manchas blancas que en su pelo café se veían casi como las estrellas. Haisi no me molesta desde que le curé la herida, me trata como si yo fuera el viento, hace como que no me ve. A veces le cuenta a todos su historia sobre la herida de la flecha. Dice que le salía mucha, mucha, mucha sangre. Me pregunta para que responda frente a los otros niños y yo, aunque no sea cierto, les digo que sangraba mucho, que no se quejaba, que fue valiente. Luego sonríe orgulloso, como si hubiera olvidado que tiró mi dibujo con semillas y mis hilos. No entiendo, a mí no se me olvida, pero como ya no peleamos ya no sueño cosas horribles, duermo serena. Los adultos tienen heridas de muchas flechas. Tal vez no me molesta porque sabe que cuando vuelva a pasarle puede tocarme coserlo otra vez a mí.



A veces creo ver al venado. Dice mi abuela que es el maestro Taiyari quien lo manda para recordarme algo. Estuve pensando y ya sé qué, quiere que vaya al río cuando ya no tenga más hojas. Lo bueno del río es que no se acaba, que siempre está. Iré mañana, porque este es mi último pedazo en blanco. Adiós, porque ya es muy chiquito.



MARÍA MARRO
(Fresnillo, Zacatecas)

Estudió la licenciatura en Contaduría Pública en la Universidad Autónoma de Fresnillo. En la actualidad se dedica a la decoración con tendencia *vintage* y es integrante de la colectiva literaria Plumas del Desierto y del Club de Lectura OMA Wellness. El género literario que practica es la narrativa; sin embargo, la poesía es un género que le atrae sobremanera y no descarta la posibilidad de que sus poemas vean la luz. Su relato «Llámenme Abismo» formó parte de la presentación de la Editorial A Mano Limpia (Zacatecas, 2023). Ha cursado diversos talleres de escritura creativa: Escritura de memorias, Impostura de la escritura, taller de cuento, poesía, entre otros.

ETERNIDAD

No soy la prisión de carne y hueso que observas,
ni el paso tardío que acompaña mis amaneceres,
ni la memoria agrietada que derrite los pensamientos.

Soy la tormenta de historias y recuerdos que se desparraman a través de mis poros.

Soy el ardor en las mejillas que aprendió a reconocer los engaños del tiempo.

Soy la imaginación que se embelesa en el crepúsculo y cede ante la sensibilidad.

No soy las veredas grisáceas que coronan mi faz,
ni el despojo de escombros que dejó el huracán de la existencia,
ni el miserable deterioro de los años transcurridos.

Soy el aroma de las anochecidas en donde me abandoné sin más a la contemplación.

Soy la tristeza y el lamento que limpió las arenas movedizas de mis pantanos.

Soy voluntad que emerge de la sequía interna de mis aguas.

No soy la piel deshidratada por la decadencia inevitable de las cé-lulas,

ni la enmohecida grasa que juegues en los recovecos,
ni el envoltorio frágil que me disfraza.

Soy los leños que me alimentaron.

Soy el canto del grillo que me arrulló.
Soy el néctar de las frutas vedadas que descubrí.
Soy las alas de los libros que acompañaron mis soledades.

No soy la prisión de carne y hueso que observas.

Soy eternidad.



EL LLAMADO

La casa en lo alto de la colina siempre ha sido tu obsesión. Tienes el deseo escondido, aún no sabes por qué, de explorarla, de sentirla. De tan sólo imaginar esa idea, los temblores emergen dando paso a una excitación que por décadas no has logrado disipar por más que lo intentas. Tu mirada se desvía siempre hacia ese lugar. No entiendes la razón, pero cautiva y magnetiza tus sentidos.

Desde tu guarida, así le llamas al espacio donde vives desde hace más de setenta años, logras distinguir las ventanas rotas y su fachada cubierta de maleza. Una imagen así, impone y aterra. Por eso piensas que no son para menos las historias que se murmurran sobre esa casa siniestra. Nadie se atreve a acercarse, temen lo que pueda habitar en su interior. Pero tú escuchas el llamado. Tienes miedo, sin embargo, es mayor el palpitar dulce de tu sangre cuando piensas en averiguar los misterios de aquel lugar que se adivina funesto.

Intuyes que es por ti que la casa ha permanecido de pie tantos siglos.

Esta noche, por fin logras quedarte dormida después de pasar largo rato entre un pensamiento fatalista y otro. Tu afición nocturna más irresistible: pensar y repensar las cosas, rumiar en tu mente los sucesos, las decisiones, los miedos. Pero ahora estás inmersa en un profundo sueño y, de pronto, esa voz, te llama:

—Amanda... Amanda... Amanda...

Despiertas al oír tu nombre, sientes en el pecho una roca pesada de angustia y azoro, abres los ojos y eres consciente de una realidad que no habías observado. Tu vista es más aguda que momentos antes, el agobio físico por el peso de tus años se ha



ido, el mover tus extremidades ya no te causa molestia, tu piel vuelve a sentir los aromas agradables del entorno, pero también las fragancias amargas y ásperas que se respiran a tu alrededor. Esa combinación de olores no te deja duda, hay una sensación de urgencia en el ambiente, es el aviso de que tu último respiro se avecina.

Una percepción extrasensorial se ha apoderado de ti y aunque siempre has tenido miedo a equivocarte, ahora estás plenamente segura de lo que debes hacer.

Así que te levantas, sin titubear abres el cajón de la mesita de noche al lado izquierdo de tu cama. Presientes que ahí está lo que buscas. Tu mano recorre el estrecho espacio hasta llegar al fondo y, sin tregua, das con un envoltorio que tus dedos reconocen. Aun sin verlo, puedes sentir el ardiente color granate de la tela, ese rojo intenso quema tu mano y de inmediato tu cuerpo responde estremeciéndose de forma convulsa.

Entonces, adviertes que has abandonado tu madriguera y pasmada te diriges a la casa en lo alto de la colina. Llevas en la mano el envoltorio. Tu pecho late desquiciado, atraído por una fuerza extraña que emite la casa y te arrastra hacia ella.

Te abres paso entre la maleza, retirando a un lado y a otro la hierba seca que alcanza casi un metro de altura. Caminas impaciente, y cuando llegas al umbral, el pánico golpea tus sentidos, la piel erizada te induce un repentino trance que va aumentando las sensaciones de horror en tu cuerpo. Tomas valor, pasas saliva, alargas la mano y empujas la puerta, ésta se abre produciendo el chirrido característico de las añosas bisagras. La oscuridad arrulla el ambiente, avanzas a trompicones hasta que tus ojos se acostumbran a la penumbra y entonces, escuchas:

—Bienvenida, Amanda... te he esperado por cientos de años. En cada una de tus vidas te he llamado a través de los sueños, pero no he conseguido captar tu atención, hasta ahora.

No identificas de dónde viene la voz escalofriante que inunda

la casa y retumba en tu cabeza. Te llevas las manos a las sienes como si ese movimiento impidiese que continúes escuchándola. No consigues hacerlo, pues ahora la voz forma parte de ti. Ha logrado, de una manera extraña, instalarse en tu mente y en tu cuerpo. Se ha hecho una contigo y desde tu interior te habla.

Te ordena que mires lo que sostienes en la palma de tu mano. Te guía para que desates el nudo de listón dorado que anuda la tela roja. Así lo haces y embelesada vas retirando, una a una, las capas de paño que tienes entre tus dedos. De pronto, aparece el objeto resguardado: una llave muy antigua, de belleza extrema y apariencia inofensiva, forjada en oro, luminosa e intacta en todas sus formas, a pesar de los tantos años.

La llave es preciosa. Te maravillan sus adornos. Observas con asombro que tiene cinco perlas, cuatro de ellas están alineadas en la parte inferior, son el mecanismo de apertura; la última se encuentra en el aro superior, al centro. El mástil está grabado. Signos y letras acomodados de tal manera que, a simple vista, no es posible descifrar su significado.

Adviertes que la voz, ahora en tu cabeza, sigue hablándote sin que puedas hacer nada para enmudecerla.

Esa voz oscura te cuenta que la llave posee, en sus cuatro perlas inferiores, las energías del fuego, de la tierra, del agua y del aire. Que la perla central superior representa la puerta de entrada a...

—¡Calla! —le ordenas, no dejas que termine la frase, sospechas, en el fondo, que es un lugar aterrador al que conduce. Y comienzas a temblar cuando la voz, en respuesta, te devuelve una risotada tétrica.

La llave sigue estando ante tus ojos, no puedes con la curiosidad, deseas con fervor acariciar sus bordes, sobre todo, sus perlas, esas perlas que destellan una luz que no deslumbra, pero que te seduce. Deslizas la yema de tus dedos hacia ella y palpas los relieves de su estructura perfecta. ¡Ah! ¡Qué sensación tan embriagadora te produce el tacto con la llave! Sin poder evitarlo ya estás atrapada

en su encanto. El hechizo malévolos de la llave ha comenzado. Tú no lo sabes, por eso empiezas a tocar una a una las perlas, llegas a la cuarta, la última de la parte inferior. Para ese momento has activado el conjuro secreto que está encriptado en las entrañas de la antigua llave. Inicia así un tenebroso encantamiento que permite alinear la energía de los cuatro elementos y aviva el despertar de la perla central superior, esa que conduce a... no, no quieras saberlo.

Sin percatarte de lo que en clandestino está sucediendo al interior de la llave, sigues embelesada, sin poder quitar la vista de la hermosa y malvada pieza.

El ritual se ha completado.

La puerta dimensional está frente a ti.

Atónita y con un miedo ardiente que te cala hasta los huesos, diriges, incrédula y al punto de las lágrimas, tu mirada hacia el portal que se ha abierto delante. Sabes, sin temor a errar, que es la entrada a los mundos aterradores, perversos y de tortura que existen dentro de ti. Universos de veneno y malicia que te pertenecen y no has querido observar en ninguna de tus vidas. Ahora, con setenta y nueve años encima y a punto de finalizar esta, tu última existencia, es necesario que tomes una decisión.

La llave se ha quedado en tu mano izquierda y te arrastra de manera frenética para que cruces el portal y revivas la podredumbre que has escondido a lo largo de todas tus épocas.

Por fin lo haces, estás dentro del sombrío y marchito cosmos que también eres tú. Sientes escalofrío, las fuerzas te abandonan y tu mente sólo puede escuchar aullidos dolorosos y turbulentos. Se te presentan las escenas espeluznantes y horribles que con tus emociones asfixiantes y pensamientos míseros te has provocado a ti misma y a otros.

Es desgarrador ver tus demonios de frente.

Tu cuerpo se encorva, sollozas con mayor desenfreno al contemplar los rostros con terroríficas expresiones que se acercan a ti para que los aceptes, pues son tuyos. A cualquier lado que miras,

hay cuencas que lloran, bocas maldiciendo, manos que apuñalan, corazones taladrados y secos, lenguas bañadas en sangre que te acarician, intestinos que supuran desesperación, cuervos sin ojos que te dan la bienvenida y se arremolinan sobre tu cabeza a la espera de devorarte. Uno a uno desfilan tus miedos, tus obsesiones, tus daños, tus escombros. Se burlan de ti y con cinismo dejan que veas el caos, el martirio y los ríos carmesí que has creado.

A paso lento te vas adentrando, cada vez más, en tu penumbra.

No quieres seguir observando.

En ese mundo hay demasiada tristeza, abatimiento sin medida, ruinas olvidadas, atrocidades y secretos que no te atreves a confesar. Pero la oscuridad tiene reservada para ti una escena final. De entre la negra espesura ves surgir los tentáculos más espantosos y corpulentos que hayas podido imaginar. Se acercan a ti con movimientos sutiles, casi tiernos, rozan tu piel con su textura pegajosa, malolientes. Comienzan a rodearte en un abrazo que te perturba, pero que te da paz y entiendes que ese ser es la mente de todo, es tu propia mente.

La voz regresa, te habla de nuevo con ese sonido aterrador:

—Amanda, has visto tus sombras, ¿qué harás ahora?

Adviertes que el llamado ya no te produce recelo, ni angustia. Te dejas llevar. Comienzas a reír con arrebato y frenesí mientras te unes con gozo a los brazos que te ciñen. Te sientes dichosa por primera vez en todas tus vidas. Sigues riendo a carcajadas, te abandonas a la más absoluta y devastadora locura mientras tu mirada, feliz, deja de ver cualquier destello luminoso que pudo existir dentro de ti. Sabes que tu lugar es ahí, en ese mundo de horror interior.

Ya no tienes miedo.

Tu última vida arde.

La puerta dimensional se cierra detrás de ti.

Una llave antigua de inigualable belleza resplandece en el suelo, al interior de la casa de la colina.

ESTHER ESCALANTE
(Sombrerete, Zacatecas)

Reside en la capital zacatecana desde 2003. Estudia Estilismo obteniendo una amplia experiencia. El amor por las letras surge a muy temprana edad, siendo actualmente una de sus ocupaciones preferidas. Cuenta con un diplomado en PNL, Desarrollo Humano y Tanatología, y es integrante de la colectiva Plumas del Desierto. Ha publicado en la antología de escritoras zacatecanas *Y son nombres de mujeres II* y recientemente publicó el libro *Meditación Diaria: Una alternativa contra el cáncer* (Editorial Misión, 2024).

EL ESPÍRITU DEL AGUA

Todo comenzó un verano que fui a visitar a mi tatarabuela. Todas las mujeres de mi familia tenían que visitarla, aunque fuera una vez en la vida, según las estipulaciones del testamento de mi bisabuela. Yo era de la quinta generación, mi abuela y bisabuela ya habían muerto; cuando la miré, no me explicaba cómo a una señora tan mayor no se le notaban los años, a simple vista podría pasar como mi abuela. Era una mujer hermosa, a ella le gustaba que la llamara nana, vivía en un pueblo internado en la sierra.

Algunas personas de la comunidad le decían la bruja, por su larga vida, las habladurías comentaban que había hecho pacto con el diablo, pero era la mujer más dulce y amorosa que yo haya conocido. Las personas mayores le brindaban respeto por su sabiduría, le pedían consejo o bendiciones.

En ese lugar la vegetación era abundante, los árboles enormes con muchos años, al tocarlos sentía su fuerza, su pureza, el danzar de sus ramas me arrullaba, podía pasar horas acompañada de su brisa. Disfrutaba zambullirme en las tinajas, ahí conocí los perritos del agua, la naturaleza en su máximo esplendor. Por las noches me encantaba el espectáculo natural del cielo estrellado, después me iba a la cama mientras escuchaba la orquesta de grillos, ranas o tecolotes dando su agradecimiento a Takutzi Nakawe, Diosa de la Tierra.

Cierto día yo estaba a punto de dormir cuando escuché ruidos; era mi nana que, a mitad de la noche, salía de casa. Mi curiosidad fue mayor que el miedo a la oscuridad, la seguí. Caminamos por una vereda oscura por la densidad de los árboles, por momentos salían destellos de luz que la luna filtraba por en medio de las ramas, colándose para mirar a los intrusos que irrumpían la tranquilidad

nocturna. Después de un rato mi nana llegó a una laguna, se internó en ella, empezó a danzar y luego a cantar.

Al escuchar la melodía se me erizó la piel. La armonía salía de mi boca y empecé a tararear, luego surgió una conexión con los sonidos. Sentí un llamado. La energía fluía con mis sentidos. Caminé hacia ella que le cantaba a la luna, a los bosques, a la tierra y al Chan, al verme, me tomó de las manos y cantamos al unísono. Luego me soltó, miré sus ojos destellantes, iluminados, sonreía. Su boca emitía sonidos de algo que no comprendí, lenguas ancestrales de donde emanaba un brío que transformaba la naturaleza, la luna brillaba y todo se unió.

Danzó en círculos por un largo rato y una ráfaga de viento la envolvió hasta elevarla y quedar suspendida en el aire. Ahí se quedó no sé cuánto tiempo, después un rayo iluminó el cielo que para ese momento estaba lleno de nubes a punto de una tormenta, y ese rayo luminoso entró en el pecho de mi tatarabuela. Por un momento quedé paralizada frente a ella y un escalofrío invadió mi cuerpo de miedo. Comenzó a llover, primero unas gotas, luego a cántaros. Muy lento el rayo bajó a mi nana, ella seguía en trance, fui y la abracé. Entreabrió los ojos y me dijo:

—Tranquila, no tengas miedo, llevamos el equilibrio de la naturaleza en nuestros genes —nos tomamos de la mano y fuimos a casa.

—Mañana será otro día —me dijo con su voz dulce.

Al amanecer la lluvia continuaba y la nana era mi nana de siempre; por un momento creí que había soñado, luego recordé todo y las dudas surgieron. Quise preguntarle, pero me decía: «después, cuando esté lista». Al final del día llegó el momento cuando la lluvia cedió. Mi nana se sentó a la sombra del manzano que se encuentra en el jardín, me invitó a sentarme junto a ella y empezó la historia.

—Cuando la tierra era joven, había riqueza en todos lados, los bosques eran abundantes, los ríos y lagos se desbordaban de agua,

todo estaba en equilibrio. Los bosques tenían espíritu cuidador, igual que el agua. La evolución trajo al humano al mundo e hizo uso de los recursos; ya traía en sus genes la noción del equilibrio. El hombre sentía la hermandad con el todo y la armonía fluía en la tierra. Pasaron las generaciones y con el tiempo llegó la ambición, muy pocos siguieron las reglas porque en algún punto se perdió la conexión.

—Un día llegaron personas ambiciosas a nuestro pueblo buscando mineral, se llevaron a los hombres con mentiras y los obligaron a trabajar para ellos jornadas de sol a sol. Las mujeres se quedaron a cuidar a los ancianos y a los niños, los hombres regresaban muy de vez en cuando cansados o enfermos. Los más pequeños, en cuanto tenían edad para servir, eran reclutados sin ningún trato especial; con el tiempo, también las mujeres fueron incluidas muchas veces en trabajos degradantes; en ese lugar sufrían todo tipo de abusos, las obligaban a trabajar sin miramientos, no existían sus derechos.

—Los desechos de los minerales comenzaron a caer en el lago, las especies que vivían ahí enfermaron. El espíritu del agua sintió el peligro y salió, hizo un remolino de agua en medio de la laguna y se formó una figura con alas. Las ancianas que sabían del espíritu se postraron de rodillas e imploraron compasión, comprendían que si se iba el cuidador no tendrían agua y morirían, porque un lago sin espíritu se seca al instante —continuaba mi nana narrando.

—El espíritu estaba muy débil, sólo las ancianas creían en él y muy pocas quedaban: las escuchó, les dijo que por el respeto y amor que le mostraban a la naturaleza les daría una oportunidad, regresaría cada año en formas diferentes si ellas seguían con el llamado en el solsticio de verano a media noche.

—Takutzi, la cuidadora de la tierra, cansada, dejó de mostrar sus riquezas porque la lastimaron. Al no verse beneficiados los invasores abandonaron el lugar y, poco a poco, al cultivar el amor por los espíritus de la naturaleza, vivir en armonía y llamar al Chan,

con los años el lago y la tierra se regeneraron. Se hizo un nuevo equilibrio.

—Nuestras ancestras han compartido su legado generación tras generación. Y tú, hija mía, mi pequeña, al cumplir dieciséis años ya eres parte de la estirpe, tienes el don, entendiste el mensaje; ya puedo irme a descansar, seguirás con la noble tarea —.

Desde entonces, cada año me reúno con mi linaje para restaurar el equilibrio de la vida al llamado del Chan, el espíritu del agua.

DELFINA

Ahí estaba Delfina, como cada mañana, mirando desde lo alto del cerro El Chiquihuite donde se halla su hogar. Trepada en la cerca de piedra que rodea su casa, pierde su mirada en la hermosura del valle. Los rayos dorados del nuevo día traspasan las nubes y cubren el pequeño pueblo que se despliega bajo las faldas del cerro, a sus pequeñas casas blanqueadas con cal y a sus troneras que exhalan el humo de las chimeneas donde hornean pan. A lo lejos, sobre la vereda, divisa el carretón de su padre y su hermano. Van al barbecho, a sus labores diarias, llevan consigo el itacate que ha preparado su madre para el día.

Delfina baja de la cerca y camina por el patio, pasa entre las gallinas que cacarean como si fuesen felices. Su madre prepara el cocedor para hacer condoches y gorditas de cuajada. Delfina sigue hacia el jacalito que funciona como cocina, extrañamente manchado de negro a causa del humo que siempre sale de la chimenea y que se ha impregnado en las paredes con el paso de los años. Sobre el fogón está un gran comal, junto a un metate donde Delfina muele el nixtamal para hacer las tortillas. Sobre algunas repisas que se suspenden en la pared lucen ordenados unos jarros y cazuelas decorados con jazmines naranjas y dalias amarillas, utensilios que contrastan con el color de la pared. Al centro sobresale una mesa rústica acompañada de tres sillas tejidas con yute hechas por su abuelo.

Entre las obligaciones del hogar, el día pasa lento. Por la tarde, Delfina sube nuevamente a la cerca para contemplar el valle y ver regresar a su padre y a su hermano con el carretón cargado de mazorcas, ejotes y calabazas. Cansados, lo único que desean es dormir

y retomar fuerzas para el siguiente día. Su padre nunca le expresa nada, a ella la educa su madre, él no entiende de esas cosas y siempre le dice: —¡ay, dile a tu mamá, ella sabe de mujeres!

Después de que los varones descargan la cosecha y entran para descansar, Delfina se queda afuera para disfrutar la noche fresca de verano y deleitarse la vista de las tenues lucescitas de los quinqués que se asoman por las ventanas de los hogares, que se confunden con las estrellas en el cielo y el cintilar de las luciérnagas. Con regocijo va a recostarse y mientras trata de dormir escucha el aullido de los coyotes a lo lejos y el ulular de los búhos que a Delfina estremece. Se cubre el rostro. Se queda dormida y sueña con ir más allá del valle.

Al despertar, aquel sueño revolotea en su cabeza y se pregunta si es posible ir más allá del valle. Termina los deberes de la mañana. El sol brilla y se escucha el canto de las torcacitas que la adentran a un estado de ensoñación. Delfina se dirige hacia su cuarto, a su refugio. Se sienta sobre la cama de tablas. Piensa. Se levanta y se para frente al espejo del ropero desvencijado que le regalaron a su madre el día de su boda. Su mirada no reconoce lo que ve. No siente una conexión entre ella y el ser que se refleja, es como mirar a una extraña. Por alguna razón, y por primera vez, siente la necesidad de saber. Las emociones la envuelven. No puede hablar. No logra más que susurrar entre sollozos:

—¿Quién eres?, dicen que eres Delfina —se contesta—, eres tan ajena a mí.

Mira sus rasgos. Nunca había visto su figura detalladamente, tan perfecta, torneada y hermosa, siempre escondida entre ropas holgadas y viejas. Entrelaza sus dedos en las ondas de su cabello suave y oscuro. De su rostro apiñonado sobresalen unos grandes ojos, brillantes y expresivos. Se detiene y admira sus labios, esos que nunca han sabido lo que es un beso. Los humedece, pasa la yema de sus dedos sobre ellos y descubre nuevas sensaciones.

Observa sus brazos y sus manos que hasta ahora sólo han sa-

bido trabajar. Examina sus largas piernas, esas que la sostienen y cargan con los trajinares diarios, que soportan las pocas alegrías, las muchas tristezas y las ilusiones que a diario se incineran con el ardiente sol, ese sol que mata sueños y marchitas pieles.

—No sabía quién eras, Delfina. Por primera vez te reconozco: ¡eres una mujer!; pero mi madre dice que las mujeres nacimos pa sufrir... ¡No, Delfina! No quieras ser como tu madre. No escuches a los ancestros que te vinculan con el sufrir, no quieras ser el espectáculo de un amor forzado teniendo una vida sin florecer —Delfina sigue hablando.

—Quiero conocerte. No calles, porque si lo haces te quedarás como yo y no podrás alzar el vuelo. Quiero que tú te eleves como esos pájaros que se posan en el durazno del patio y que vuelan cada mañana, tan alto hasta que los pierde mi mirada, yéndose a cielos lejanos mientras yo los envídeo. ¡Delfina, para!... Detente, que me ilusionas, mi esperanza es poca estando atrapada en este paraje.

Delfina llora, ríe, se conoce, se sabe viva. Delfina ha despertado. Ahora, Delfina y su cuerpo son una sola.

—¡Delfina, m'ija!, ¿qué haces? Una mujer buena no es vanidosa. Anda, que mirarse al espejo es vanidad y la vanidad es pecado; Dios te castigará por no ser una hija obediente, mejor ven a ayudar a prender el fogón que ya vienen los hombres del barbecho y es nuestra obligación atenderlos, así aprenderás pa cuando te cases.

Delfina obedece con una sensación de nostalgia. Termina sus quehaceres. Se sube al portillo que se utiliza como puerta principal, mira al horizonte, traga una bocanada de aire y su piel absorbe el último rayo de sol del día que hace ceniza la poca esperanza que habitaba en su interior.

BRENDA ORTIZ COSS
(Fresnillo, Zacatecas)

Licenciada en Letras, maestra y doctora en Historia por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha colaborado con colectivas independientes interesadas en difundir la escritura de mujeres en el estado como Líneas Negras y Plumas del Desierto. En el 2016 perteneció al Colectivo 450, asociación con fines de difusión cultural de Fresnillo. Fue seleccionada para formar parte de la antología de escritores *Premio Trópico de Cáncer a la creatividad literaria* (2002), de la antología *Y son nombres de mujeres* (2018), de la *Antología 2023 Ganadoras del Primer Concurso de Poesía FENALEM* y *Antología 2024 Ganadoras del Segundo Concurso de Poesía FENALEM*. Ha publicado poesía en la revista *Redoma* y ensayo histórico en revistas y libros colectivos. Es aficionada a las artes escénicas, por lo que tiene estudios en canto, baile y actuación. Actualmente funge como Encargada General de Archivo del SPAUAZ.

CAMBIAR UN PAÑAL

A Frida, mi amazona terciopelo

¡Ay, hija!, ¿así que quieres saber si sabía cambiar un pañal cuando naciste, mi amor? Para responder a eso necesito remontarme a mi adolescencia. Así es, esa etapa de mi tormentosa vida en la que llegaste para darle un toque fantástico. Porque era una fantasía para mí esa atmósfera tan rara en la que el médico me dijo: «no tiene usted una infección de estómago, está embarazada», y todos los síntomas cobraron sentido mientras se añadían algunos otros, como un peso extraño y calcinante en mi pecho: una angustia, una incertidumbre que crecía discreta como la mariposa en crisálida.

Sí, ya sé, quieres saber si sabía cambiarte el pañal, pero antes déjame decirte lo chistoso que se veía tu papá cuando le dije que venías en camino. Ese tono pálido no se lo conocía ni en sus peores resacas. Se quedó callado, callado, justo cuando necesitaba que me dijera: «todo estará bien». Pero eso no quita que fuiste el fruto de un amor enorme. Lo sé, es lo que decimos los papás cuando no planeamos a los hijos. Pero es verdad, mi dulce nena, que impusiste tu voluntad de venir a mi vida y yo te recibí con esa mariposita creciendo quedito, a ciegas, sin conocer una sola certeza del futuro. Pero tú no eras discreta al crecer, y mi vientre precoz llamaba la atención de mis compañeros y compañeras de la prepa, tan inocentes y cándidos, con esas manitas santas bien ávidas de señalarme y decir con sus boquitas pueriles: «mira, ahí va la embarazada». Y tú y yo caminábamos por en medio del patio y entre las jardineras bien ostentosas, bien visibles y escandalosas con nuestra vida en plenitud e imparable, contestando: «sí, aquí vamos».

Los adultos, en cambio, nos volteaban a ver con una lástima

que les llenaba la mirada. Pobre de mí, porque me había arruinado la vida. Pobre de ti, porque no sabría conducirte, si yo misma no me había conducido. Pobre de mí, porque estaba destinada a la miseria, al fracaso y a una vida frustrada en la que una meta o un éxito se habían convertido en espejismos de antaño. Todos, al vernos, sabían mágicamente lo que pasaría con nosotras, escribían nuestra historia de la forma más dramática posible. Todos eran jueces, profetas, determinaban nuestro destino con su súbita vasta experiencia sobre la vida. De pronto, la desgracia se cernía sobre nuestras cabezas y tenernos una a la otra no servía de nada, éramos nuestros lastres.

Tú, mientras tanto, crecías ufana y alegre, libre del escarnio, brindándome una vida desconocida llena de imaginaciones químéricas. En mis brazos se iban acumulando los mimos que ávida te brindé desde el primer instante, mis ojos contenían las miradas que luego, de día y de noche, vacié sobre ti porque me llenabas los ojos con tu risa, con la perfección de tu piel durazno. En mi boca se agolpaban las sonrisas que siguen sin ser suficientes cuando estoy a tu lado. Cuando supe que serías una nena, todavía no imaginaba tus manitas blancas y tiernas cuando ya eras, en mi mente dispersa, una hermosa mujer. Aún no imaginaba el tono de tu vocecita cuando, en este delirio, ya te estaba enseñando a andar en bicicleta, ya te estaba llevando a tu primer día de clases, ya te estaba poniendo vestiditos.

Pero tú quieres saber si sabía cambiar un pañal. Es que antes tengo que decirte que yo no sabía lo que significaba el amor incondicional, tengo que decirte que el sacrificio para mí era ayunar en los días santos, que nunca había vivido para nadie que no fuera mi caprichosa persona. No sabía, y créemelo porque sé que suena absurdo, no sabía ser una hija. Ese día de noviembre, luego de que en mi cuerpo aparecieron los signos de que estabas por irrumpir en nuestros espacios con tu luz, nació mi primera hija y, a la par, mi mejor maestra.

No, mi amor, entre todas las cosas que no sabía, tampoco sabía cambiar un pañal.

TU GRAN AMOR

Para Fran, sin nada

Cuando te quise dejar ya me amabas demasiado: por eso no pude. ¿Cómo me iba a retirar de ti, lo soportaría tu corazón? Qué cruel e insensato hubiese sido mi proceder si, por sospechar que tu actitud era abusiva, te dejara. Por supuesto que tuviste motivos para molestarte cuando mis amigos ponían su mano en mi espalda o mis hombros al saludar, porque tú ya tenías derechos sobre mi cuerpo. Tus suspicacias estaban justificadas si yo mostraba interés en cualquier otra persona. Claro que podías señalar mi nula comprensión de las cosas debido a que tenía algo en la cabeza (neurosis, le decías). Como hombre experto te sentiste autorizado a guiarme, a decirme cómo hacer las cosas y cómo pensar en ellas, motivado por tu *inmenso* amor. Fui en verdad testaruda al creer que tus palabras buscaban herirme, que querías dañarme cuando aludías a mi puerilidad, pues ser quince años menor que tú no justificaba la inmadurez ni la ausencia de control sobre mis emociones.

Me amabas *tanto* que hiciste lo posible por moldear mi mente adolescente a tu antojo todo el tiempo que pudiste, porque yo lo necesitaba. Dirigiste mi pensamiento y te burlaste de mis conclusiones idiotas sobre reflexiones profundas; tu *gran* cariño te compelía a reprenderme. Yo no tenía derecho a decirte que ya no quería estar contigo: en ese momento tu amor, tu bienestar y tu satisfacción eran más importantes. ¿Cómo no lo iban a ser, si me adorabas hasta la obsesión, si yo era todo tu mundo, si me necesitabas como a nadie?

Perdóname por las ocasiones en que me rebelé ante tus velemitas muestras de amor: cuando te devolví los gritos, cuando te

insulté ante un insulto, cuando intenté soltar mi brazo de tu mano firme, cuando juzgué tu proceder como insensatez. No entendía que tus acciones eran parte de un ejercicio de cariño, no entendía que tu violencia era un intento desesperado por mantenerme a tu lado, aunque pareciera que con eso me estabas vulnerando. Perdóname por haber prestado atención a quienes me dijeron que no me convenías. ¡Y pensar que en algún momento tomé en serio sus absurdas palabras!, me dijeron que eras un abusador, un maníaco inconsciente. Esas personas no comprendieron que estabas tan desvalido sin mí, que no habrías soportado mi abandono por todas las heridas impresas en tu corazón, que alejarme te habría representado la muerte; no importaba si, a cambio, yo moría lentamente. Ambos nos estábamos sacrificando hasta el último aliento, ¿no se trata de eso el amor?

Cuando nos conocimos en esa aula en que me impartías clases estabas tan atractivo, tu inteligencia y carisma me cautivaron de forma irremediable. Yo, en cambio, era una chica anodina, carente de todo gusto refinado, de mediana belleza y pequeño ingenio. Por suerte te fijaste en mí, aunque me doblabas la edad; por suerte tu vida amorosa ya no marchaba bien y estabas listo para otra relación. Tuve la fortuna de cruzarme en tu camino en el momento en que más me necesitabas. Yo, sin saberlo, también te necesitaba desesperadamente. ¿Qué habría sido de mí si hubiera experimentado la vida con mis propios recursos? Sin tu guía, cuidado y dirección, ¿no estaría arruinada para siempre? Gracias por tomar las riendas de mis actos, emociones y sentir. De inmediato advertí lo importante que era yo en tu vida, porque ya no podías dejar de verme, de tenerme cerca a pesar de las adversidades (la negativa de mis padres, esa furiosa expareja, el drama ético). De pronto tu amor se hizo tan grande que yo debía hacer todo en función de tu tiempo, de tus exigencias. Yo era la pieza que faltaba en tu caos, era tu musa, el amor de tu vida. Es un papel difícil de desempeñar, ¿sabes? a veces una musa no sabe cómo debe comportarse para estar a la altura de

tan alta consideración. Me angustiaba no alcanzar tus expectativas, me frustraba no llegar a ser enteramente esa mujer de tus sueños. Pero siempre estuviste ahí para corregirme y llevarme por esa dirección trazada en tu mente visionaria. Me dijiste qué leer, qué decir, qué escuchar, cómo pensar.

A veces, curiosamente, me sentía extraña, como si no fuera yo misma, como si mi voluntad en tus manos fuera cosa mala. Entonces quería irme, tenía el impulso de empezar por mi cuenta, pero tu *gran* amor siempre te fortaleció para impedir que me fuera. Encontraste las palabras adecuadas para hacerme comprender que lo mejor era quedarme contigo porque nadie me iba a amar, nadie iba a apreciar mi poca inteligencia, mi escasa belleza y mis pocos talentos como tú. Me conmovía ante ese *gran* amor y reflexionaba, «¿quién me va a querer como él?», así que fundé mi amor propio en el tuyo, más sólido e inmutable; llegué a la conclusión de que era dichosa por haberte encontrado, porque me querías a pesar de todos los horribles defectos que a diario me reprochabas con la sana intención de convertirme en tu ideal y persuadirme de abandonar el loco impulso de ser otra persona, la que era antes de conocerte y congraciarme con tu inmenso amor.

Ojalá puedas perdonarme por no haber alcanzado el modelo que planteaste para mí. Fui una mala mujer, deficiente al responder a tus exigencias; cedí tanto a mis impulsos y nunca abandoné del todo la tontería de ser yo misma, que no tuviste más remedio que dejarme de querer y comenzar a despreciarme. Te comprendo. ¿Acaso no lo merecía, luego de que fui todo para ti, tu esperanza, tu vida, tu más grande necesidad? Debías notar, tarde o temprano, que nunca amerité tu *desmesurado* amor. Por eso, cuando las palabras se convirtieron en silencio cortante, cuando los halagos trocaron en insultos, en adjetivos ofensivos sobre mi personalidad, mi forma de pensar y de actuar, supe que (¡por fin!) te había perdido.

Fue un golpe sobrecogedor, me enfrenté a la total desolación. Tu partida me dejó en la orfandad. ¿Qué haría yo sin ti, sin tu

guía?, ¿quién debía ser ahora, cómo debía comportarme? Tuve que salir de mí misma para contemplar mis piltrafas y reconstruirme. Tuve que hacerlo, además, bajo la convicción de que nunca nadie me volvería a amar como tú, porque dejar de ser tu musa significaba fracasar como mujer. Nuestra única finalidad durante años fue amarnos sin piedad, en plena incertidumbre, despojados de sentido común. Hiciste bien en dejarme, lo celebro. Ahora vivo de mí, por mí, hacia mí, con un egoísmo incommensurable. Retomé mi cuerpo, me adueñé de mis aficiones, me reí otra vez de niñerías.

Hoy volteo al pasado, contemplo tu gran amor y siento (perdóname, por favor) que es el mejor lugar en el que puede estar.



DALIA DE LA TORRE JIMÉNEZ

(Tonalá, Jalisco)

Actualmente vive en Zacatecas. Es maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas, integrante de la colectiva Plumas del Desierto y una lectora muy entusiasta. Representó a México en el Torneo Internacional de Debates 2016 en Viña del Mar, Chile, y fue campeona estatal en el concurso México a Debate 2017. Actualmente está haciendo una investigación sobre las escritoras mexicanas en internet en el Doctorado en Estudios Contemporáneos de la UAZ. Es cofundadora de Editorial Didáctica, donde se hacen publicaciones académicas; tiene el podcast De Lectoras donde difunde y comenta la obra de escritoras de todo el mundo y dirige un club de lecturas conjuntas con el mismo nombre. Postea de manera frecuente a través de su Instagram (@dalia_jimenez13) y en linktr.ee.

TENGO DIEZ AÑOS

Tengo diez años y sé exactamente de qué se trata la vida. Mi abuelita y mi mamá me enseñan todos los días y, aunque ellas asumen que por mi corta edad no sé nada, yo te puedo decir que se equivocan. Me di cuenta el otro día, cuando el tío Juan llegó a la casa a pedir dinero otra vez porque se lo había bebido con sus amigos. Mi abuelita le dijo:

—Los hombres no sirven para nada. No entienden de economía familiar ni usan el sentido común.

Yo observé la escena medio divertida, medio seria y guardando la compostura para no reírme. Qué propia se puso de repente. Mi abuelita habla con palabrotas casi todo el tiempo, pero cuando se trata de algo muy serio y severo, le sale lo rimbombante. «Economía familiar». Quién sabe de dónde habrá sacado eso.

—¿Y qué le dijiste a Mariana? —le preguntó mi abuelita después de una pausa.

—Pos... todavía no le he dicho nada.

Mariana es la esposa de mi tío. Se la pasa cuidando a sus cuatro hijos y mi tío pasa las tardes con sus compadres. Trabaja todo el día y, aun así, no le alcanza ni para comprar zapatos que le duren más de un mes.

—Pues por eso el dinero no te rinde —dijo de repente mi abuelita.

—Ya sé, má. Pero es que... no puedo regresar así a la casa. Ya ve cómo se pone la Mariana...

—Y con justa razón.

—Por favor, ayúdeme a pasar el mes...

—Te haría más mal que bien. Ya hemos platicado de esto m'ijo.

Juan bajó la mirada. Luego me vio a mí, como si apenas se diera cuenta de que estaba siendo observado. Ahí noté que su expresión cambió.

—Oye, m'ija, ¿me prestas unos quinientos pesos? Nomás pa no llegar ahorita con tus primitos así.

—¡Tú no tienes vergüenza! —le espetó mi abuelita.

Y yo no lo pude evitar. Me reí a carcajadas. Esto pasaba cada mes y siempre era la misma cantaleta: mi abuelita terminaba accediendo y le prestaba dinero. No quinientos pesos, no mil, el que necesitara y eso podía rebasar los dos mil pesos.

Mi abuelita también trabaja, ojalá tuviera una pensión para vivir. Todos los días va a limpiar el *penthouse* de una gringa allá en el mero centro de Puerto Vallarta, y aguanta maltratos ocasionales en su larga jornada. Pero de eso no habla mucho. No le gusta quejarse.

Sin que se diera cuenta, yo le ponía doscientos o cien pesos en sus bolsas cada que conseguía algo vendiendo dulces en la escuela. Pero siempre el tío Juan llega a pedirle dinero. «Por eso el dinero tampoco le rinde a ella», pienso.

Cuando Juan obtuvo sus quinientos pesos, se fue de la casa mientras yo estaba sentada en el sillón, hurgando en mis bolsillos para ver si traía algo para ponerle a mi abuelita.

—¿Qué haces, mi niña? —me dijo ella cuando me vio tratando de hundir mi mano en el bolsillo diminuto.

—Nada, abuelita. Estaba viendo qué traía en las bolsas del pantalón... pero... está... ajustado...

—Ya te hace falta uno nuevo. Vamos el sábado a la paca.

Yo le dije que sí con la cabeza.

—Me voy a acostar un ratito, me duele la espalda.

—Abuelita, tome algo para el dolor...

—Deja me acuesto primero, m'ija.

Ella se dirigió a su cuarto y yo vi que caminaba un poco diferente. Estaba más encorvada. Nunca se quejaba, aunque llegara con dolores nuevos.

Yo sé que su trabajo es pesado porque mi mamá la acompaña de vez en cuando. «Limpiar una casa y hacer de comer son cosas que siempre pagan mal», dice mi mamá. «Y luego la señora con su genio si algo no le gusta... andar aguantando eso también es duro.»

«Pero, ¿por qué le sigue dando dinero a Juan?», le pregunto yo. «Le cuesta mucho y el tío viene como si nada».

«Pues... el primer deber de una madre es hacia sus hijos. Siempre estaremos aquí para cuando ellos lo necesiten y requieran».

Eso me deja pensando. Yo no quiero tener hijos si van a ser como el tío Juan: no le importa si mi abuelita está lastimada, él sigue yendo a fiestas.

En cuanto mi abuelita fue a acostarse, yo seguí hurgando en las bolsas de mi pantalón y encontré trescientos pesos. Parecían más relucientes en ese momento. Y entonces caminé de puntitas hasta la bolsa de mi abuelita para ponérselos en una de sus bolsas. Pero, sin darme cuenta, mi mamá estaba cruzando la puerta de la casa y viendo cómo ponía mis manos dentro de la bolsa.

—¡Qué estás haciendo tú!

—Nada.

—Te vi esculcando ahí. Eso no se hace.

—No, es que no es lo que parece má...

—Pues yo te vi, ¿eh? Escuincla. Vas a ver.

—Pero es que yo no esculqué nada.

—Y si me sigues respondiendo, ahora sí nada de salidas al centro, nada de amigas ni celular...

—Pero es que...

Y mi mamá me levantó la mano y yo cerré los ojos. El cache-tadón que pensé que llegaría nunca llegó, y yo me fui a meter a mi cuarto. Al menos pude guardar esos trescientos pesos en la bolsa de mi abuelita, pensé. Pero no era justo que mi mamá se hiciera ideas. Me dieron muchas ganas de llorar, pero mejor me fui a hacer como que estudiaba para fingir que no moría del coraje. Mi mamá piensa que soy una egoísta de primera y la neta no sé de dónde lo sacó.

Siempre me dice lo mismo. Eso y que soy una floja porque no me gusta levantarme temprano.

Cada que mi mamá me regaña llega mi abuelita a hacerme cariños. Como cuando me compró un helado de esos que van en barquillos grandotes, como si fuera una chiquilla. Me gusta que me trate así, aunque ya no soy pequeña. Es bonito que la apapachen a una de vez en cuando, y más sabiendo que esos cariños no estarán para siempre.

Eso es algo que se repite como un círculo que no termina: mi mamá me regaña por algo o me pega, luego mi abuelita me lleva al mercado a comprarme un camote con piloncillo o pan dulce. Las abuelitas de mis mejores amigas son muy parecidas y todas dicen que son felices de tener nietas y nietos. Cuando yo les digo que no quiero tener hijos ellas me dicen que no sé lo que digo, que estoy muy joven todavía para decidir esas cosas. Pero mi abuelita y muchas que conozco tuvieron crías desde los dieciséis y yo no me imagino teniendo bebés en ese momento.

Mientras estaba encerrada en mi cuarto, le escribí una carta a mi mamá donde le decía que la quiero mucho. Ya sabía que cuando saliera a la cocina, ella me ignoraría mientras andaba en el quehacer, como si yo no existiera, aunque quiera llamar su atención a gritos. Eso lo aprendí desde bien chiquita. Entonces le dejé una cartita en la mesa limpia, para que después la leyera y viera que sí la quiero mucho, aunque peleemos más cada vez. De todos modos, mi abuelita me va a apapachar cuando nos vea enojadas y le va a decir a mi mamá que sea menos dura conmigo, aunque siga pasando el duelo de su hijo más grande, cuando se fue de la casa.

Adrián, el primer hijo de mi abuelita, se fue con unos señores en camionetas un día. Vi que traían unas pistolas en el pantalón y les valía que las vieran.

—Ya me voy, amá.

Le dijo mi tío subiéndose a los coches de esas personas. Mi abuelita le gritó pidiéndole que regresara, le llamó por teléfono,

aunque no le contestara. Pero esas cuatro palabras fueron lo último que escuchamos de él.

Mi abuelita lloraba todos los días. Dejó de hacerlo frente a nosotros después de dos años, pero yo sé que todavía lo hace a escondidas.

Mi mamá y mi abuelita hablan de Adrián mientras yo las escucho a través de la delgada pared. Entre ellas hablan quedito y lloran, como si yo no me diera cuenta. Extrañan a Adrián, aunque era igualito a Juan: los dos llegaban a pedir dinero y se iban a emborrachar casi todos los días. Las dos dicen que tienen miedo de que Juan, como siempre, siga los pasos de su hermano más grande y se vaya con los malos. Pero yo dudo que esas dos mujeres logren impedírselo.

Ojalá yo hubiera nacido hombre, pienso, para poder hacer lo que me dé la gana y que aun así me quieran tanto como para llorar así por mí o prestarme dinero, aunque haya sido irresponsable. Pero así es la vida.

ARLETT CANCINO
(Rincón de Romos, Aguascalientes)

Se dedica a la investigación, la docencia y el activismo cultural. Desde esos ámbitos se enfoca en los estudios de género y en la difusión, lectura y análisis de la literatura escrita por mujeres. A lo largo de su formación académica ha analizado figuras femeninas como La Malinche y su influencia en la identidad de la mujer mexicana. Asimismo, se dedica a la corrección y edición de textos literarios y académicos. Sus cuentos se han publicado en plataformas como *Círculo de poesía* y revistas como *Redoma*. Actualmente coordina la colectiva zacatecana Plumas del Desierto donde se realizan clubs de lectura, talleres de escritura creativa y lectura, presentaciones de libros y eventos multidisciplinarios con la intención de difundir la literatura hecha por mujeres. Actualmente realiza una investigación sobre la enseñanza de la literatura con perspectiva de género.

SOMBRAZ DE POLVO

Tiradas en el surco observan el vaivén de las nubes blancas y gordas sobre un lienzo grisáceo. El día empieza a menguar. Han terminado de desyerbar la milpa y están exhaustas. Elena endereza su cara güera y entrecierra los ojos verdes, usa su mano como visera para distinguir a lo lejos la polvareda que un remolino levanta, entre el polvo alguien camina pazguato y chambón, sin prisa, como si el tiempo no fuera una invención humana. Lo divisa, pero no alcanza a distinguir quién es; ya sabrá cuando cruce la milpa y se acerque a saludar. Se vuelve a acomodar en el surco. Alma no levanta la cara, no deja de seguir el movimiento de las nubes como si descubriera en él una identidad perdida; su cabeza descansa en el fondo del surco, unos cuantos cabellos escapan de su trenza larga y negra y flotan alrededor de su rostro, impulsados por la atracción del viento.

Cuando se les ocurrió la idea de ser medieras, nunca se imaginaron el arduo trabajo que implicaba, pero ¿qué otra cosa podían hacer en el rancho?

—Tal vez esperar a que un hombre las quiera —les había dicho doña Águeda.

—Esperar es una palabra aburrida, amá, y el querer llega en cualquier lado.— Contestaba Alma, con esa energía indescifrable que se siempre se filtra entre sus palabras.

Se levantaron a las seis de la mañana para aprovechar el fresco matutino y la brisa temprana; se ataviaron con pantalones y viejas camisas de manga larga; cogieron los sombreros de paja, todo para cubrirse del sol de mediodía. Salieron de la casa con azadones y unos cuantos tacos enredados en una servilleta. Vieron los primeros rayos del sol en la cabecera de la milpa, filtrándose entre los huizaches y mezquites; empezaron la labor de arrancar la yerba mala

de las grandecitas matas del chile. Todo el día hizo aire. El viento arrebató el sombrero de Alma, lo subió alto y se lo llevó lejos, lo perdieron de vista entre el polvo. Las sombras de las nubes se movieron de un lado a otro; la tierra se levantaba y se les metía entre las pestañas, creando sombras falsas.

Tiempo atrás, su tío Hipólito no creía lo que ellas le proponían, que les diera a medias la hectárea del Romerillal para plantar chile:

—Pero si son unas muchachillas, ¿qué saben ustedes de la siembra de chile?, ¿cómo le van hacer para voltear la tierra y levantar la cosecha? No tienen las fuerzas necesarias.

—Ya le dijimos a mi apá que nos ayude con su yunta a hacer los surcos y para cortar el chile nos llevaremos a mi hermano Rubén, los tres juntos acabaremos bien pronto.— Respondió Elena, titubeante, con la esperanza de que la determinación de su hermana también sonara en su voz.

—¿Y Águeda qué les dijo? No creo que esté muy conforme con que ustedes me pidan un favor, ya ven cómo es de orgullosa.

—Mi amá aceptó luego de que le rogamos mucho, sabe que necesitamos el dinero.— Dijo de nuevo Elena bajando un poco la mirada, cohibida al ver en los ojos de su tío el reclamo por atreverse a hablar de negocios con un hombre.

—Bueno, ¿y ustedes para qué quieren dinero?

—Pa lo mismo que cualquier hombre, tío, primero para comer y vestirnos y luego para irnos a buscar a unos muchachos al baile de La Soledad.— Se adelantó Alma irónica para librar a su hermana de la timidez.

—A los hombres no se les busca, Almita, se les espera en su casa al resguardo de sus papás, no faltará quien se anime. La mujer con dinero es peligrosa.

Las nubes gordas flotan rápidas sobre la cabeza de las dos mujeres tiradas en el surco. Elena las mira mientras muerde un jitomate fresco que se robó de la milpa vecina, su sed es tanta que ya lleva tres. Voltea de nuevo para ver a quien se acerca, la tierra levantada

no se aplaca y sigue acompañando al caminante que avanza ya en medio de la milpa; un sombrero deslucido y el polvo espeso le cubren el rostro que lleva vuelto hacia el suelo. Mientras la cercanía descubre quién es el visitante, Elena recuerda las palabras de su tío Hipólito cuando le pidieron las tierras, pero no entiende cómo el amor de su vida la hallará esperando en El Garabato, en ese pueblo tan enredosamente perdido en el monte; piensa.

Ese tipo de cosas no le preocupan a su hermana, nunca ha mostrado entusiasmo por enamorarse y casarse, parece no desear nada. Es como si estuviera hecha de aire, sin deseo que la ancle al suelo va ligera y sutil; es el polvo sin forma que se yergue al mandato de la ventisca. Aunque también es violenta como remolino en el llano cuando su madre la confronta a comportarse como una mujer. Su esencia es inasible. Tal vez ella conozca al que viene. Elena la observa a su lado izquierdo respirando tranquilamente, en la trasparencia de sus ojos atisba el movimiento de las nubes. Le pregunta si sabe quién es el que se acerca.

—No es nadie, sólo el terregal que levanta el aire.

Alma siempre ha sido diferente, en lugar de jugar con ella a las muñecas o a la casita, acompañaba a Rubén a sus labores, siempre iba con más entusiasmo que su hermano. Luego jugaban a las cosas más increíbles. Un día, después de ir al circo allá a La Soledad, a él se le ocurrió reproducir el show de los acróbatas y Alma lo secundó. Colgó una cuerda de la rama más alta de un mezquite y luego la amarró del cuello de Alma.

—Tienes que poner tus manos entre el mecate y tu cuello, porque si no cuando jale del otro lado de la reata te voy a ahorcar.

—Ta bueno, Rubén, pero me levantas tan alto como al que vimos en el circo.

—Sí, palabra.

Rubén jaló poco a poco la cuerda y Alma se levantó del suelo sin quitar sus manos de la reata que le rodeaba el cuello, subía los escalones imaginarios del viento como las hojas zigzaguean en el

otoño cuando una ventisca las levanta. Su hermano la subió cada vez más, hasta que un grito sordo de doña Águeda terminó con la ilusión de volar por los aires. Rubén soltó el mecate y Alma cayó de espaldas al teregal. De los cabellos, doña Águeda levantó a su hija, la llevó de las greñas hasta la casa, le dio una cachetada y un sermón largo sobre las labores que debería aprender en vez de andar de loca entre el monte: «Ningún buen hombre se fijará en ti si sigues de chirotona».

A Rubén sólo le tocó un leve regaño, su madre sabía los límites entre el hombre y la mujer, aunque ella haya parido a ese hombre. Mucho tiempo después, al ver el cuerpo ensangrentado de su hermano, Elena recordaría el respeto de su madre hacia el único hijo varón que tuvo, el único hombre de la familia asesinado en manos de su amante: un hombretón de 40 años.

—Deberíamos irnos a trabajar de sirvientas, Elena.— De pronto dice Alma saliendo de su introspección.

—¿De sirvientas, dices?

—Sí, andar en el campo es una chinga y este polvo nos avejentará antes de que demos nuestro primer beso.

—Ay, Alma, la única que no ha besado a nadie soy yo. Tú por lo menos ya te besaste con el Emilio.

—Yo hablo de un beso de verdad, no las babas de hombres con aliento a cigarro y mezcal.

—¡Ah, tú quieres besar a un chico de ciudad!

—No precisamente a un hombre, Elena.

El sol empieza a caer, pero el aire no cesa de soplar. Silba entre los mezquites y las palmas, un silbido largo y agudo que cubre el silencio incómodo instalado entre las dos mujeres. La vieja sospecha sobre las preferencias de su hermana encara de pronto la mente de Elena y se vuelve una certeza. Tan precisa como la presencia de aquel que camina hacia ellas.

—¿Sabes quién es ese que viene?

—Es sólo la sombra del polvo que el viento levanta.



AGAZAPADAS

La ventana suda por el vapor de la canela hirviente, su aroma, cálido y dulce, envuelve toda la casa; las gotas de lluvia resbalan en los vidrios helados, pero aquí dentro el frío se repliega temeroso. Mi madre, sentada en el comedor, espera la taza caliente y vaporosa que yo sirvo mientras la escucho hablar; en días lluviosos como este le llegan los recuerdos lejanos, las viejas ficciones de su pasado. Hoy le pregunté por esa presencia que dicen que trajo del llano. Le acerco la taza donde la leche se mezcla con la canela en círculos rosados, mi madre mueve la cuchara en un sonido constante e inicia su relato.

—Ya sabías que de niña una vez me perdí en el monte. Siempre que lo pienso, parece como si el recuerdo se proyectara en mi cabeza. En una noche fresca de octubre, entre sueños una voz me llamó desde la profundidad de mi inconsciente. Oí mi nombre como un susurro que me impulsó a levantarme. Sin que nadie lo notara, y sumida en un sopor de quien no termina por despertarse, abrí la puerta de la casa donde vivía con tus abuelos y mis hermanos; salí a una noche negra e inmensamente estrellada; caminé largo por la vereda que siguen los animales, con una determinación parecida a la tensión de los hilos invisibles que jalan a las marionetas. Llegué hasta un llano rodeado de palmas, huizaches y mezquites, ahí me senté con el canto de los grillos rodeándome. Mis papás me encontraron a la mañana siguiente, hecha un ovillo; dicen que dormía tranquila hasta que tu abuela Águeda se acercó y me despertó.

—Yo no supe decir por qué fui a ese lugar, ni qué hice todo ese tiempo hasta que, supongo, el cansancio me venció y me quedé dormida. Nadie supo qué pasó esa noche que me perdí en el llano, pero yo sabía que no volví sola; desde entonces alguien me acom-



paña siempre agazapado detrás de mí como una sombra tímida que sólo se asoma cuando desvías la mirada.

Mientras ella me cuenta, yo arrastro una silla y me siento enfrente. Al verla noto cuánto se ha avejentado; ella culpa a la distancia que hay entre nosotras, por eso sigue insistiendo en que vivamos juntas de nuevo, declino su propuesta porque ya no sé lidiar con tanta compañía. Sorbo la canela de mi taza, quema un poco mis labios y me quejo, pero mi mamá no se da cuenta, está en un trance narrativo y sus palabras resbalan por su boca como las gotas de esa sudorosa ventana, se abren camino en la trasparencia de un vidrio opacado por el vaho de la nostalgia. Decido no interrumpir.

—A partir de aquella noche me volví perspicaz, lo sentía, se me notaba en el brillo de los ojos cuando miraba el verde de los helechos colgantes en el zaguán del tío Hipólito, o cuando acariciaba las mimosas y éstas se encogían, decía: «no te asistes» y tus tíos pensaban que hablaba con la planta que se plegaba con el más ligero roce, pero yo me dirigía a la presencia escondida detrás de mí que al parecer se extrañaba con todo lo que observaba.

—Te he contado que tu abuela Águeda no me dejó ir a la escuela, pero nunca te he dicho por qué. Ella lo consideraba innecesario pues había definido mi destino desde que nací y me lo repetía todo el tiempo: «tú, la más chica de mis hijas, debes quedarte a cuidar de mí cuando ya no pueda», a pesar de eso yo aprendí a leer y escribir mientras miraba estudiar a tus tíos; la presencia oculta a mis espaldas me atizaba el impulso para reconocer las letras y las palabras, yo las repetía en susurros con la cara vuelta hacia mi hombro, como si alguien estuviera recargado sobre él. A su lado, mi infancia estuvo llena de juegos y descubrimientos.

—Ya a solas se desinhibía. Recuerdo que me ayudaba a preparar el nixtamal y mientras torteaba le gustaba revolotear bajo el fogón, soplaban sobre las cenizas y manchaba mi cara de tizne, porque siempre quiso que me pareciera a ella. Muy risueña, yo salía del cocedor con los ojos enrojecidos y negra como el hollín. No

obstante, con el paso del tiempo se volvió voluntariosa. Conforme crecía se pegaba más y más a mí. Deformó mi cuerpo hasta que aparecieron unos redondeados pechos y estas amplias caderas. Estaba ahí, justo detrás de mí, cuando al bajarme los calzones noté una mancha marrón; yo sentí como si se hubiera filtrado en mi vientre para provocarme unos horribles cólicos, desgarraba mi abdomen buscando su lugar en lo más profundo de mi ser; luego me tiraba en cama y ya ahí me entrustecía. Así empecé a desconocer lo poco que me parecía conocido, a no entender lo que antes tenía una lógica infantil perfecta; pasaba mucho tiempo tirada en los surcos de la milpa viendo el cielo azul buscando comprender, sin saber realmente qué.

Con sus manos alrededor de la taza tibia, mi madre la acerca a su rostro, bebe la canela y luego inhala el vapor caliente que se filtra por su nariz y se escurre en su interior; aspira hondo y cierra un momento los ojos en esa introspección voluntaria con la que se recupera del pasado distante. La escucho, pero un murmullo incesante se inmiscuye entre ambas y yo espero que ella no lo note.

—Conforme pasó el tiempo, esa presencia ganó terreno en mi interior y, paulatinamente, gracias a eso me opuse a los mandatos de tu abuela Águeda, a quien desde entonces la miraba con desdén al recordar cómo me confinó a la ignorancia para que me encargara de ella cuando vieja; ya no estaba conforme con el mundo polvoriento y pardo en el que siempre había vivido. Busqué la manera de salir de ese ambiente sofocante, lo conseguí cuando me fui de criada a la ciudad junto con tu tía Alma.

—Allá los aradores de mis párpados desaparecieron junto con la orzuela de mi cabello; mis mejillas partidas por el polvo y el sol se transformaron en una piel rosada y suave. Allá también esta presencia inquietante que se pegó a mis contornos como un lagartijo asoleándose en una piedra, dormitaba tranquila en lo más profundo de mí. Yo la imaginaba igual que ese dragón de la historia que una vez me contaste, cuidando el enorme tesoro despercidido en el

que la ciudad me convirtió. Pero todo eso cambió cuando fui de vacaciones al rancho y conocí a Joaquín, tu papá, y fue como si de pronto un ladrón entrara y tomara el cáliz sagrado de entre todas mis alhajas resguardadas del dragón. La presencia despertó y de nuevo se mantuvo todo el tiempo escondida a mis espaldas, alerta; yo sentía sus manos largas posadas sobre mis hombros, sus dedos tiesos incrustados en mis clavículas, mientras que su aliento seco erizaba la piel de mis oídos.

—Me decía: «no te enamores... no te enamores de él... quédate conmigo... no lo necesitamos», pero no le escuché, huí con tu padre a su primera proposición, llevábamos menos de un mes de novios. Cuando me casé, yo tenía 18 años; Joaquín, casi 20; me llevó a vivir a casa de tu abuela Ángela donde me acomodé junto a otras dos nueras. Me tocó el cuarto del rincón, una habitación con techo de carrizo cubierto con costales cosidos entre ellos; a veces, se podía escuchar cómo las alimañas caminaban o serpenteaban sobre los sacos, pero a mí eso no me importó, estaba enamorada. Ignoré los murmullos de la presencia y ésta se resignó a asomarse como al principio, siempre a mis espaldas.

—«Vámonos, aquí no eres feliz», atizaba a veces, con la esperanza de que escapáramos, Sin embargo, yo seguía enamorada y no quería admitir lo que la presencia ya sabía, que él jamás me amó y que se comprometió conmigo por despecho, porque la mujer de su vida prefería el aroma de los senos turgentes de otras mujeres a la mandíbula amplia y barbada de tu padre. Luego de un año de casados naciste tú.

Siempre que escucho sobre mi padre se me seca la garganta, bebo yo también la canela ahora casi fría con la esperanza de lubricar un poco el sentimiento; pero me arden ciertas llagas viejas. No interrumpo a mi madre porque quiero entender cómo ha sobrellevado a esa presencia constante con la que todavía hoy convive, tal vez así entienda un poco mejor a quien ahora se agazapa detrás de mí e insistentemente pide mi atención.

—En ocasiones mi acompañante se resignaba al ambiente ho-

gareño en el que le había metido y me impulsaba a sonreír a la vida, a pesar de las carencias y el horrible desamor. Me susurraba ideas ingeniosas para conseguir dinero o me ayudaba a diseñarte ropa a partir de la mía; hacía retazos mis blusas para elaborar los trapos que cobijarían tu cuerpo pequeño y regordete, alimentado con las escasas energías que mis senos recababan. A pesar de eso, a mí me bastaba ver tu boca chimuela sonriendo ante nuestra compañía.

—Luego, en las noches de soledad, a la espera constante de tu papá, lloraba y la presencia de nuevo me impulsaba a irnos, yo me tapaba con la cobija para no oírle y entonces sacaba sus brazos huesudos de detrás de mi cuerpo recostado y sentía cómo me clavaba una larga uña en la sien hasta que un dolor intenso me hacía gritar, esa migraña nocturna se prolongaba durante días.

Al escucharla, recuerdo esas sillas de respaldo alto que la abuela Ángela tenía en el comedor. En una ocasión, mi madre limpiaba los frijoles antes de ponerlos a cocer; con la cabeza agachada en la labor, sus ojos expresaban un inmenso cansancio y tristeza. Entonces, vi como una sombra se filtraba en el verde olivo de la silla, sacaba una lengua puntiaguda y lamía su cuello, provocando una irritación rojiza que mi madre trataba de calmar con sus uñas hasta que unas gotitas de sangre brotaban de sus poros.

—La presencia no estaba satisfecha. Entre más la ignoraba, más tormentos me provocaba. Quería recuperar lo perdido y me lo repetía infatigablemente en sueños. En ese tiempo yo tenía una pesadilla constante en la que me encadenaba a una gruesa columna y apuñalaba mi espalda, mientras nubes densas dejaban caer una pesada lluvia que empapaba todo mi cuerpo; pero, a pesar del horrible miedo y dolor que sentía, jamás cedí y me quedé al lado de tu padre hasta que nos abandonó.

—Joaquín se fue después de que tu hermano nació. Un día dijo que nos daría un mejor futuro si se iba al Norte, tomó unas cuantas garras y partió. En cierta manera la presencia se alegró al pensar que ahora sí dejaríamos ese ambiente espeso, pero no lo hice. Per-

manecimos en casa de la abuela Ángela durante varios años, hasta que tu hermano enfermó. Yo de nuevo la ignoré de manera contundente y como venganza encaneció mi cabello al exhalar sobre él un aliento ácido, ocre y sulfuroso que terminó por arrancarle el color.

También se sentó en su espalda, recargando todo su peso, encorvándose la columna y generando una incipiente joroba bajo la nuca. De pequeña me causaba gracia verle sentada ahí, una sombra vaporosa de ojos profundamente rojos y de amplia sonrisa. Mi madre caminaba lento y con la mirada perdida en su interior; yo no me percataba del enorme cansancio que la presencia le causaba, sólo hasta que escuchaba llorar a mi hermano, él también le veía.

—Con el paso del tiempo, me he acostumbrado a esta dinámica penitenciaria. Tanto yo como esta presencia somos más hurañas. Me hace arrastrar los pies y si intento recuperar la movilidad, opriime mis tendones o me provoca calambres nocturnos. En las noches me describe al oído los innumerables peligros a los que estás expuesta viviendo sola, genera una eterna aprensión en mi pecho, sobre todo, luego de que tu hermano murió por el cáncer; su muerte le hirió hondo.

Mi madre sale de su sopor y guarda silencio, recordar la partida de mi hermano siempre la pone muy triste. El aroma y el calor de la canela se han asfixiado, se opacan. El día sigue gris afuera, la cansada llovizna cae aún sin dar tregua, ahora su humedad se filtra por vidrios y paredes. Veo a mi madre de frente con la cara vuelta hacia su taza, como si buscara hallar en el fondo el reflejo de una cara conocida y ahí está esa sombra larga y escuálida de pie junto a ella, posa una mano sobre su hombro y agacha su faz para sonreírle.

Al mismo tiempo alguien agazapado detrás de mí aprieta los dientes y los rechina fuerte, tratando de llamar mi atención; yo le ignoro porque me gusta negar su presencia en los días fríos y húmedos como este, cuando siento la soledad calar hasta los huesos. Entonces se resigna por un momento y va a acurrucarse en una

esquina de mi cama, ahí esperará hasta que la noche llegue para acompañarme mientras duermo. Jamás le he contado a Elena, mi madre, que de niña yo también me perdí.



MAYRA MAGDALENA VELÁZQUEZ VARGAS

(Trancoso, Zacatecas)

Hija de Francisco Velázquez Ruvalcaba y Elpidia Vargas López. Estudió la Licenciatura en Derecho, la Maestría en Docencia e Investigación Jurídica en la UAZ, la Especialidad en Estudios de Género en la UPN y el Doctorado en Administración Pública en el IIDE-UAZ. Casada con Jaime, quien la ha motivado y apoyado en todos sus proyectos, compañero de vida y cómplice de sus sueños, formaron una familia conformada por tres mujeres: Frida, Valeria y Grecia. La lectura es indispensable en su vida y escribir es la expresión de sus pensamientos cotidianos, de su sentir y de lo que en ocasiones prefiere expresar a través de la escritura. Se desempeña como docente investigadora en la Universidad Autónoma de Zacatecas, siendo la Responsable del plantel VI de la Unidad Académica Preparatoria de la UAZ. Ella cree firmemente que «las mujeres podemos decidir transformar nuestro rumbo, vivir haciendo lo que nos gusta, aportando a través de la palabra para incidir en la transformación individual y de nuestro entorno aun así tengamos que transitar contra las costumbres sociales».

VALENTINA Y SU ABUELA

La nieta de cuatro años que a diario visita a la abuela paterna es valiente, intrépida y atrevida como ninguna, expresa todo, no se calla, rompe estereotipos, así es Valentina, me extraña que no le pida que guarde silencio cuando la hace sonrojarse por sus comentarios atrevidos. Valentina es adorable, tiene cabellos largos y baila moviendo la cabeza sabiéndose hermosa, sus ojos ven un mundo diferente. Es feliz y eso me agrada saberlo. Baila sin prejuicios y cuestiona sin tapujos. Ama a su abuela Elpidia y de su voz se escucha decir que le gustan sus cabellos blancos.

¡Qué niña tan amorosa, inquieta y tenaz!, quizá las ancestrales siempre desearon expresarse, bailar y decirse hermosas, como lo hace Valentina, pero ellas fueron silenciadas por los hombres de la familia y también por mujeres que deseaban expresarse como lo hace la nieta más pequeña pero nunca pudieron romper su cultura.

La abuela fue molinera en el pueblo. Diariamente, a las cinco de la mañana, iniciaba su rutina en el molino, desde muy temprano había formaciones interminables, cientos de tinas de lámina con nixtamal cocido en el fuego de la leña. En las tardes, cuando Valentina la visita, le platica recordando lo mucho que le gustaba trabajar en el molino, su nieta la escucha imaginándose lo que vivió en el pueblo cuando era joven; con sus interminables pláticas el tiempo pasa desapercibido, en un emotivo intercambio de vivencias, unas con experiencia y otras de imaginaciones sin vivir.

La abuela recuerda que diariamente se cobijaba con el rebozo negro de tejido calentito para cubrirse del fresco, pues las mañanas eran frías, y también cómo las mujeres se cobijaban con sus rebozos, vestidas con faldas largas y medias gruesas para no mostrar

sus piernas, con la mirada al piso, amoratadas algunas de sus ojos y mejillas, calladas, acostumbradas a la rutina del pueblo.

Le emociona platicar cuando joven, a las cinco de la mañana, se levantaba para atender a las mujeres que acudían temprano al molino porque debían tortear: «echar las gordas al hombre antes de irse a trabajar a la labor», para compartir los alimentos con tortillas hechas a mano, cocidas en el fogón de la leña en las chimeneas que sus hombres les construían para cocinar sabrosos manjares compuestos de frijoles, chile molido en el molcajete y un exquisito caldo de borrego como el que prepara todos los domingos cuando la visitan sus hijos y los nietos.

Valentina, la nieta de cuatro años, sentada en un banquito escucha las historias que teje su abuela de las mujeres del pueblo que se apresuraban para llegar temprano a moler, pues después de tortear, como todas las mañanas, la misa les esperaba, a la que acudían con vestidos de chifón de diferentes colores, sombras en los párpados y su cabeza cubierta por hermosas sevillanas para cumplir con las costumbres religiosas.

Como todas las tardes, Valentina, aunque pequeña, sale a comprar la leche y galletas para su abuela, quien la divisa desde la puerta y al regresar le platica que se acostumbró a no salir de casa, pues su esposo no se lo permitía, para eso estaba la hija mayor y, de vez en cuando, alguna de las muchachas que se acomedían a comprar las provisiones, pues salir a la calle representaba una liberación que no era para ella.

Doña Elpidia siempre fue fuerte y trabajadora; el delantal era indispensable en su vestimenta, caminaba con la mirada al piso y su cara envuelta en el rebozo, platicaba poco con las vecinas pues a su esposo no le agradaba que «chismeara con las mujeres», quizá porque tejerían juntas historias de sus vivencias, con las caras amoratadas y el rostro triste tratando de ocultar el dolor y la desilusión, ya que al cerrar la puerta de sus hogares sufrían una realidad que lamentaban sin ser escuchadas por un pueblo que las condenaba a callar y a vivir en la desesperanza.

Aún sigue el molino, pero no hay molinera, Doña Elpidia se ha cansado, los años dejaron huella en su rostro, su caminar se tornó lento y sus cabellos blancos dan muestra de la experiencia vivida y del paso de los años. Aún llegan señoras a moler nixtamal, pero el temblor de las manos y los dolores de su cuerpo se lo impiden. Sus pasos apoyados del bastón y su voz lenta dan muestra de la vejez que llegó reclamando un lugar en su vida, sin embargo, le invade la alegría de saber que más niñas estudian y leen interminables lecturas de mujeres transgresoras de su prisión, alimentando su ingenio de asumirse como protagonistas, no sólo para tortear y acompañar a sus hombres a la labor, sino para construir un mundo de oportunidades que las motiven a reconocerse como dueñas de su destino, a ser artífices de su propia historia, transformando su entorno, construyendo vidas libres, como lo hace Valentina, la nieta más pequeña de la familia.

LIANA CORTÉS RODRÍGUEZ
(Zacatecas, Zacatecas)

Maestra en Desarrollo Organizacional y Humano por la Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA) y licenciada en Psicología Laboral por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Estudió el curso-taller de narrativa en la UNAM y el Diplomado Integral de Escritura Creativa en la Escuela de Escritores de la SOGEM. Actualmente pertenece a la colectiva Plumas del Desierto. Se han publicado sus textos «Me habitas» en la antología de escritoras zacatecanas *Y son nombres de Mujeres IV*, «El peso de las cosas» y «Dalton» en el repositorio de la Biblioteca Docente de la Secretaría de Educación Pública *Estudios Literarios, Latinoamericanos e Indígenas*.

SEPIA

No dejaba de ver la fotografía en sepia de mi padre cuando aún era muy joven. Pensé en sus noventa años recién cumplidos. La imagen me remontó a esa recámara de mi niñez y a mi llanto frente al mismo retrato recargado en la puerta del clóset. «*JNo te mueras, papá!*», repetía mientras la tía Cuca agonizaba y era ungida en la pieza de al lado.

Aquel instante abrió un pasado seco y desteñido que tenía olvidado hace casi treinta años. A los cuatro llegué a Guadalajara a la casa en donde además de Cuca, a quien nunca vi levantarse de su cama, hablar o vestir con algo distinto a su bata acartonada y fría, vivían mi tía Teresa, mi abuelo y mi prima Blanca. No recuerdo el día, pero imagino que fue una tarde arenosa en la que mi papá, antes de irse, me dio un beso ataviado de tristeza prometiendo que regresaría por mí.

Resistí con mucha fe los años marcados por una mujer mayor e irascible que desplegaba su amargura hacia quienes vivíamos con ella sin desearlo: Blanca, su única hija —fruto de las visitas de Teresa al doctor —y yo.

Mi tía creció entre pobreza, orfandad y cucarachas. Su mamá murió de parir durante una década. Teresa era todavía una niña, pero según su padre ya tenía la edad suficiente para terminar de criar a sus siete hermanos menores. Décadas después de que la Revolución dejara una tierra con estragos y pena, en el Teúl había poco de qué vivir. Las familias lo hacían de su ganado flaco, sus escasas cosechas o de cruzar el Río Bravo para mantener a tantas bocas. El duro trabajo doméstico y el poco cariño que recibió, hicieron de Teresa una mujer reacia al contacto físico y con resentimientos que se cristalizaron en su vientre sólido y abultado y en su mirada pálida e hinchada. Nunca se casó.

Para escapar del hambre, años después, Cuca, Teresa y mi abuelo migraron a Guadalajara con las maletas llenas de ropa, pero también de insectos anidados en ella. Cuando Teresa supo que estaba embarazada se refugió en Zacatecas. Ahí mis padres la cuidaron y juntos inventaron la historia de que Blanca había sido adoptada en un convento. Este intento por justificar su embarazo fuera del matrimonio no evitó que mi abuelo la rechazara, endureciendo aún más el corazón de Teresa.

Cuando me integré a la familia pronto recibí la escoba y el jabón, me fueron asignados trabajos que, sin decirlo, pagaron mi estancia. Mi corta vida le pertenecía a la tía Teresa. Fue la época en la que aprendí a leer y a escribir, a entender que los viejos mueren y los niños obedecen. Recuerdo no sólo la agonía de la tía Cuca, sino el último cuento que mi abuelo me regaló la noche previa a su partida.

Mi tía habitualmente me gritaba desde algún lugar de la casa para que matara las cucarachas con las que se topaba. En la cocina corrían las descoloridas para desaparecer tras confundirse con el amarillo de los azulejos y el brillo de los trastes limpios. Las grandes y oscuras, gordas y con alas largas, atravesaban volando de pared a pared mientras rezábamos el rosario. Me acostumbré a la obsesiva limpieza sumergida en insectos y a una sólida devoción a Dios colmada de rencor.

Teresa nunca faltaba a misa de ocho de la mañana, mientras yo me quedaba haciendo mis tareas escolares y de la casa: «limpia la escalera, barre y trapea arriba, al rato regreso», decía. Cerraba la puerta con llave y al llegar de la iglesia, yo salía a lavar la cochera. Por las tardes, se entretenía husmeando a través de las cortinas amarillentas con estampados desgastados los movimientos de los vecinos. Con cuidado las recorría un poco en cuanto escuchaba ruido en la calle: «Asómate, esa vieja ya tiene otro novio». Yo la secundaba mientras veía a una de las vecinas sonriendo, moviendo su cabeza de un lado a otro y pensaba en lo bonita que era. Así aprendí a envidiar lo que yo no tenía.

Al llegar la noche, cuando la telenovela de las nueve terminaba, mi tía abría la puerta de su cuarto para que Blanca y yo camináramos tras de ella y el rosario que sostenía entre sus manos, mientras se desgranaba cada uno de sus misterios, repetíamos: «Dios te salve, María...» Memoricé frases sobre el pecado y la misericordia, que el amor sólo le pertenecía a Dios y que en el mundo de Teresa este sentimiento estorbaba. «¡Quítate, no me abraces!», repetía cada que me acercaba a ella. Eso mismo haría yo con el resto de las personas a lo largo de mi vida.

Teresa me hizo saber que en su casa sólo me pertenecía la ropa que guardaba en cajas de cartón y mis zapatos que cabían en una cubeta debajo del lavadero. No tenía un lugar en el comedor, me sentaba en una silla de madera siempre a espaldas de la televisión, mientras ella veía novelas e inflaba más su estómago, ¡ay de mí, si volteaba! Me dejó claro que la culpa de los problemas en mi familia la había tenido mi mamá, a quien terminé por rechazar: «yo tengo la patria potestad», espetaba furiosa cada que mi madre, quien años atrás la había acogido durante su deshonroso embarazo, se alejaba llorando por no poder estar conmigo.

En las estaciones de primavera y verano el calor que mojaba la ropa favorecía el nacimiento de más de esas inquilinas escurridizas: las cucarachas. Los insectos inseparables de mi tía se volvieron cínicos; indiferentes a nuestra presencia, movían sus antenas al engullir comida podrida del basurero.

Una mañana mientras miraba a mi tía roncar y a su enorme vientre ascender y descender con cada bocanada, creí ver un par de antenas asomándose por sus labios entreabiertos: «¡ya veo cucarachas por todos lados!», pensé. Los insectos a menudo sorprendían a Blanca en la regadera: «¡ven a matar a esta pinche cucaracha!» Corriendo con asco y resignación yo las aplastaba hasta escucharlas crujir y convertirlas en una masa blanca, espesa y achocolatada.

Mi repugnancia hacia los tórax anchos, las colas picudas y las alas transparentes no se comparaba con el temor a seguir viviendo

entre el ahogo y las peleas nocturnas de Blanca y Teresa después de haber apagado las luces para dormir.

Antes de cumplir los doce años pensé seriamente en huir, pero como si alguien adivinara esas intenciones, mi papá regresó por mí. Una vez con mis pertenencias empacadas, mi tía llorando me entregó una carta. Sus palabras desaparecieron cuando, al llegar a Zacatecas, miré de nuevo el cielo azul al que finas nubes atravesaban, como si los ángeles hubieran regado plumas a lo ancho.

Todavía, sin embargo, tengo miedos alojados en mi cuerpo: aversión paranoica hacia las cucarachas. Cruzo la banqueta si las veo en mi camino y siento picor en la piel. He disfrutado verlas aplastadas por las llantas de los autos una y otra vez. También es cierto que desde entonces peco cuando camino en la calle y a través de mis gafas oscuras siento hacia otras mujeres.

Supe que Blanca tuvo que usar al menos una veintena de insecticidas en el funeral de Teresa para exterminar al enjambre de cucarachas congregadas en la sala de velación que acabó sumida en una niebla café que obligó a los dolientes a salir; que se escuchaban más los gritos y los chanclazos que los llantos por la pérdida. El vientre de mi tía estaba tan consumido que se había pegado a su ropa y silenciosas antenas color marrón salían de su cuerpo a través de la pálida abertura de sus labios.

Heimdall había sido condenado al caer en la tentación a la que muchos dioses y hombres sucumben: desafió a quien lo amaba y lo conocía como a la palma de su mano. Cuando Odín conoció el misterio de las diecinueve runas, la misma noche en que fue alcanzado por una flecha, confió a Heimdall un poder secreto que debía compartir con los hombres. Pero para él eran poca cosa, creía que tal y como hacían con la tierra lo convertirían en basura. Por eso, durante lunas y auroras boreales, eclipses y lluvias de estrellas, buscó el modo de conservar para sí todo el poder.

La vieja cuerva Revna —espía de Heimdall —estimulaba estas ideas. Vigilaba a los humanos alertando a su amo cuando estos se acercaban a alguna clase de trascendencia intelectual. Cada noche el ave regresaba asqueada de la hipocresía y la maldad. «*¡Seres inferiores!, en vez de caminar se arrastran en el fango de la calamidad alimentando sus sentidos con placeres banales!*», repetía mientras sus alas negras azuladas se convertían en humo gris con matices tornasol.

La cuerva guardaba entre sus plumas información importante para ayudar a Heimdall. Tenía poderes de adivinación y ocultismo que había aprendido de una hechicera en los aquelarres de cuando apenas era una diminuta polluela. La hechicera vivía en una colina cubierta de niebla. Una madrugada, mientras caminaba en vez de usar la escoba, sintió el aire fresco que, a bocanadas, le devolvía un poco de esa humanidad que había perdido al adentrarse en las profundidades de las artes oscuras. Al respirar, sus sentidos excitados percibieron un pequeño brillo debajo de la tierra. Se aproximó y, al agacharse, vio un segundo destello; aguzó el olfato y supo que ese olor era de una avecilla atrapada entre el lodo y las ramas, una cría de cuervo hembra que tomó como un regalo.

Revna se volvió hija de la hechicera. El ave vivió bajo su protección perfeccionando las técnicas más viles de tortura. Cuando fue encontrada por su madre estuvo a punto de ser devorada por un grupo de forajidos hambrientos. Sus ojos negros, espejos de su memoria, le recordaban a los asesinos de su familia que, antes de quitarles la vida, los lanzaron como pelotas, les arrancaron las alas y el pico para después quemarlos vivos y tragarlos escupiendo sus plumas entre risas y embriaguez.

Los cuidados de la hechicera volvieron a Revna un ser fuerte y majestuoso, seguro y capaz de realizar cientos de trucos con los que pensaba cobrar venganza. Odiaba a los humanos, excepto a su madre, quien sabía el génesis de tal rencor y que prodigaba, orgullosa, haber protegido y formado a una cuerva digna de sus magníficas y potentes alas capaces de atravesar por lo que fuera.

El día de partir llegó para Revna. En Asgard, el lugar en el que habitaba Heimdall, sabían que en la tierra pocos podían invocar a los dioses desterrados. Sólo la hechicera y otras pocas mujeres con las que practicaba sus embrujos eran capaces de tan peligrosas proezas. Por eso, Heimdall la respetaba. Hacía siglos que ambos negociaban favores para mantener equilibrio entre los reinos.

En agradecimiento, la hechicera le obsequió como mensajera a Revna. Sus intenciones eran buenas, pero egoístas al mismo tiempo. Las brujas siempre buscan un beneficio en sus actos y Revna sería el canal perfecto de comunicación: «hija, te envío con Heimdall, un ser poderoso que te dará cosas que yo no poseo para que cobres tu venganza. Serás sus ojos en este mundo y los míos en el otro». Abrazó a su hija: «seré tu mirada, tus oídos y tus alas, madre, tu eterno amuleto». Revna se elevó hacia cielos sagrados dejando detrás una humeante estela negra.

Gracias a la hechicera, Revna sabía cómo Heimdall podría conservar el poder que Odín le había confiado: debía fecundar a diecinueve mujeres debajo del *árbol eterno*. Cada recién nacida sería nombrada como una runa: Fa, Ur, Thor, Os, Rod, Ka,

Hagal, Nauth, Is, Ar, Sig, Tyr, Bar, Laf, Man, Yr, Eh, Fyrfos y Gibor.

Cuando las diecinueve niñas vieron la luz, sus madres agraciaron a Odín. Él, decepcionado, lamentó la traición de Heimdall y convirtió a cada niña en una golondrina dotada de la sabiduría que sería compartida a los humanos.

En castigo, Heimdall y Revna —quien no logró ejecutar su venganza —fueron atados con un hilo indestructible y desterrados de Asgard. La deforme figura vela desde entonces por la vida de diecinueve golondrinas que, antes de cada amanecer, embisten en círculos un sótano abismal: su eterno hogar. Cada día, los condenados se aseguran de que las aves regresen a la cueva antes del anochecer para convertirse en pequeñas figuras de madera que todavía, hasta hoy, son conjuradas por brujas, magos y chamanes.



LUISA VERA (Tepetongo, Zacatecas)

Es amante de la lectura y la escritura. Ha sido integrante en diversos talleres literarios como: Zacatecas Tierra de Lectores, dirigido por escritor Martín Solares; Leng Tch'e, del maestro Mauricio Moncada León; del taller y club de lectura ofrecido por la colectiva Plumas del Desierto; Taller de Novela 2023 de Fábrica de Historias, donde tuvo como mentores a Vicente Alfonso, Imanol Caneyada y Verónica Murguía. Tiene diversas publicaciones en obras individuales y colectivas como en el poemario *No Para ti*, en las antologías *Y son nombres de mujeres*, *Todas las noches se integran* y *Selfies*; así como en la revista *Redoma* y en los suplementos culturales *La Gualdra* y *El Mechero*; además, ha participado en diversos proyectos como «Niñas» y «Poesía de calle».



CHAPARRA

Soy noctámbula desde que nací. Me he despertado siempre a la misma hora, a las dos de la mañana en punto; es extraño, lo sé. No todos los días, ni con tanta frecuencia, a veces tres, cinco días consecutivos, sí; a veces quince días, no, o treinta. En mi mente lúcida lo recuerdo desde los tres o cuatro años, pero cierta estoy de que así ha sido siempre.

Las primeras veces permanecía despierta por un buen rato dando vueltas en la cama, con el sueño volado divagando. Después de que me aburría por estar acostada sin conciliar el sueño me iba a la cocina, andaba por la sala, bebía agua, iba al baño sin bajar la palanca para no hacer ruido, deambulaba en silencio por toda la casa, o al menos eso creía.

Una de esas veces me asomé por la ventana y pude ver afuera, en el patio, a mi gata Chaparra; estaba tan triste y friolenta deseando entrar, que decidí abrirle la puerta. Entonces yo debía tener un poco más de cuatro años, apenas alcanzaba la cerradura. Me estiraba lo más que podía para jalar el pasador. En esos esfuerzos estaba, cuando llegó mi padre para evitarlo con fuertes regaños.

—Pero, ¡qué pasa contigo! ¿qué haces despierta a esta hora, a dónde crees que vas?

Su cara de molestia y preocupación me asustó mucho y comencé a llorar. Desperté a todo el mundo: a Luis, mi hermano mayor, a Sara, la que nació cuando yo aún no cumplía un año, y a mi madre que recién había tenido a mi hermano Iván.

Unos se preocuparon, otros se molestaron, pero todos a mi alrededor me veían como bicho raro. Mi padre, muy enojado, me tomó por los hombros y, en peso, me regresó a la cama, me arropó y entre dientes me dijo.

—¡En caridad de Dios, duérmete!, tu mamá necesita descansar y yo tengo que ir a trabajar en un par de horas.

Después de ese episodio procuraba no bajar de la cama, aunque estuviera despierta.

Una madrugada, tiempo después, cansada y aburrida del insomnio constante, me levanté y salí al patio. Ahí estaba Chaparra, echada sobre un cesto de ropa sucia, encima de la lavadora, intenté abrazarla, pero de un par de saltos ya estaba en la azotea. Yo sólo quería jugar con mi gata, así que hice lo mismo que Chaparra, de un salto trepé a la lavadora, y de otro salto, al techo.

Era extraño ver el mundo desde aquella perspectiva, los cuadrados bien dibujados que formaban los pretilés de los techos, los cilindros de las cisternas y los tanques de gas, el tejado de la vecina; las copas de los árboles, mecidas por el viento parecían estar al alcance de mi mano. Me senté cerca de la orilla con los pies colgando al vacío, viendo hacia la calle, sorprendida con esas extrañas vistas de las casas. Chaparra vino y se sentó en mi regazo, estaba tibia y ronroneaba suavemente, como dándome la bienvenida a su territorio.

De pronto recordé el regaño de mi padre, el corazón me dio un vuelco por el miedo. Tomé a Chaparra entre los brazos y de un salto regresé al patio. Abrí con cuidado, para entonces ya alcanzaba el pasador, entré de puntitas y me acosté a dormir.

Entonces no me puse a razonar la facilidad con la que trepé al techo, tal vez pensé que era natural y cualquiera podría hacerlo, no sé, no representó nada en particular. A la mañana siguiente, cuando vi a mi gata trepar de nuevo, decidí acompañarla y ver el panorama de día. Fue imposible. Salté, brinqué, tomé impulso. Nada. Ni a la lavadora pude trepar. Seguro lo había soñado. Luis era grande, ya iba a la escuela, por eso le pedí que me subiera a la azotea para jugar con Chaparra.

—¡Claro que no! ¿cómo crees que vas a subir a la azotea? ¡Te vas a caer! Es muy peligroso.

Me vieron la cara de loquita y con idénticas palabras me devolvieron mi padre y mi madre cuando les pedí lo mismo. Definitivamente, ese día nadie subiría a la azotea.

No pasó mucho tiempo para que, en una de esas vigilias, escapara para intentar subir al techo. Esta vez pude trepar de un solo salto, y de un solo salto pude llegar hasta la casa de la esquina, y de un salto pude cruzar la calle de un techo a otro; ahí había un perro durmiendo, al que molesté con mi súbita llegada, el Perrito sólo me miro y volvió a dormir, le toqué su cabeza y orejas en señal de afecto. El temor al regaño me hizo regresar presurosa a casa.

La tercera vez que escapé por el techo me alejé un poco más, mis saltos eran cada vez más largos y altos. Amaba aquella sensación de libertad, el frescor en las mejillas, el olor de los árboles y las flores producía un extraño ardor en mi nariz. La noche tiene aroma, a deshoras de madrugada llueven estrellas y cae una brisa menuda que apenas moja, pero que hace que la tierra despidá un aroma especial. La libertad, la verdadera, comienza a las dos de la mañana.

¡Ah, cómo disfrutaba mis escapadas de casa! Lo hacía con menos frecuencia de lo que hubiera deseado, temía que mi padre se diera cuenta de mis fugas, o que se me hiciera tarde y él estuviera despierto a mi regreso. Temor. Sí, le temía a sus regaños y reprimendas.

Me había dado cuenta de algo; cuando me volvía ligera mi aspecto cambiaba, me volvía oscura como una sombra hecha de tul, de un velo negro profundo, mis manos y mi ropa se oscurecían en una especie de mimética complicidad con la noche.

Me sentía más confiada. Mi abuelo vivía en el otro extremo del pueblo, quería ir a su casa, pero, aunque el pueblo no era grande, yo aún era pequeña y temía perderme. Sabía que vivía junto al campo de béisbol y yo había visto el campo en uno de mis paseos por las alturas, aunque no vi la casa de mi abuelo, creo que por los árboles que la rodean.

Salí de casa, brincando entre las azoteas más altas para tener mejor visibilidad. De pronto, oí la conversación entre varias personas, me asusté y me refugié acercándome lo más posible al tronco de un enorme sauce. Era increíble. Pude ver un pequeño grupo de mujeres dando saltos como yo lo hacía, pero sus saltos eran enormes, tan altos y constantes, que pareciera que volaban; también eran sombras oscuras, poco visibles en la penumbra. Iban a un compás, a menos de un metro de distancia entre ellas, con saltos coordinados. Reían y hablaban con animosidad. Cuando pasaron justo sobre mí pude oír cómo cambiaban la plática por un «biz biz biiizbis, biis biiiz» apenas susurrado. Se marcharon. Había perdido ya mucho tiempo para ir a casa de mi abuelo, el dilema era, entonces, regresar a casa o asomarme a la ventana del abuelo para verlo dormir.

El corazón me latía apresurado y la boca se me había secado al punto de no tener saliva que tragari.

No esperaba ver aquello. Mi abuelito no estaba durmiendo tranquilamente en su cama como yo creí; estaba tirado inconsciente entre el jardín y la entrada de la sala, con la puerta abierta, algo de luz se filtraba desde adentro. Hacía frío. Dejé de ser oscura.

—¡Abuelito, estás muerto! —le dije abrazándolo, rompiendo en llanto por el dolor de verlo así. ¿Qué podía hacer?

—No llore, hija, no llore. —Me respondió entre balbuceos.

De pronto una figura cayó justo frente a mí. Era una de las sombras que recién había visto volar: cuando perdió su oscuridad pude ver a una hermosa mujer frente a mí, era una anciana, la blancaza de su piel resaltaba con la luz de la luna, que entonces estaba llena iluminando la vastedad del cielo y de la Tierra.

—Pero niña! ¿qué estás haciendo aquí? es muy peligroso, regréstate ya a tu casa.

Su cabello suelto, rubio o blanco, no lo supe a ciencia cierta, cubría gran parte de su espalda; era pequeña, más baja que mi mamá. Pude ver su rostro de cerca, sus ojos eran muy claros, hablaba con una voz ligeramente ronca, pero bastante persuasiva.

—Ve a tu casa, tu abuelo va a estar bien, se pasó de tragos, yo me quedo con él, pero vete jya, ya! Y no hagas esto, eres muy pequeña para andar sola por las madrugadas. En la oscuridad hay cosas malas también. ¡Anda, anda!

Me oscurecí de nuevo, salté lo más lejos que pude, con el corazón a todo galope y lágrimas quemando mis mejillas, con el temor por mi abuelo y con algo de miedo por lo que me dijo aquella señora que me había descubierto. Me sentí pesada, el último salto desde la azotea de mi casa al suelo me parecía imposible, tuve un poco de vértigo, por lo que salté sólo hasta la lavadora y de ahí ya no pude saltar más, el llanto me venció, ahí, encima; por el susto, por mi abuelito, por las cosas malas de la oscuridad, porque estaba muy alto y temía caer.

Mi padre salió a buscarme, entre soñoliento, furioso y asustado, no se explicaba qué hacía yo ahí trepada, a las tres de la mañana, llorando por mi abuelo «muerto» y hablando de la señora de la cara blanca.

A partir de entonces mi padre cerraba puertas y ventanas con llave y se llevaba las llaves a su recámara, la cual también cerraba con llave, todo esto debido a mi supuesto sonambulismo. No volví a salir de noche. Empecé a dormir con Chaparra a mi lado, la hice víctima del castigo también a ella, las dos permaneceríamos encerradas todas y cada una de las noches. Muy pronto Chaparra se acostumbró a la calidez y comodidad de la cama y terminó por disfrutar estar a mi lado.

A veces despierto a las dos de la mañana, doy vueltas en la cama, añoro la libertad, el aroma del viento, el sabor de la brisa, la oscuridad en la que me convertía, la ingravidez y toda la magia que ocurre antes del alba.

SARA ORTIZ GARCÍA

(Zacatecas, Zacatecas)

Cuenta con una destacada trayectoria artística, ha realizado ocho producciones discográficas y ha interpretado papeles protagónicos en óperas icónicas como *Hansel y Gretel*, *Carmen*, *Madama Butterfly*, *La Flauta Mágica*, *Cenerentolla*, entre otras. Su talento la ha llevado a dirigir diversas versiones del *Stabat Mater* y a participar de manera ininterrumpida durante tres décadas en el Festival Cultural de Zacatecas, así como en el Festival Barroco. Como creadora del Festival Cultural de la Diversidad Sexual, ha promovido la inclusión y la riqueza cultural a través de la música. Su labor como Embajadora de la Música Mexicana, Indígena y Latinoamericana la ha llevado a escenarios internacionales en países como Alemania, Italia, Austria, Bélgica, España, Colombia, Perú, Cuba y Estados Unidos. Actualmente, es docente en la Unidad Académica de Artes de la Universidad Autónoma de Zacatecas, en la Escuela de Música, donde comparte su pasión y experiencia con nuevas generaciones. Además, ha dedicado su talento a la musicalización de textos poéticos de autoras mexicanas y zacatecanas como Sor Juana Inés de la Cruz, Odett Alonso, Rosa María Roffiel, Amparo Dávila, Dolores Castro y Mónica Suárez, entre otras, demostrando su compromiso con la difusión de la poesía y la cultura a través de la música.

DESOLACIÓN

A mi madre

El otoño impregna tu memoria.
Peinas lentamente tus hilos de plata.
Tus lágrimas se desnudan en secretos.

¡Ahí!
Donde la incertidumbre
no murmura más promesas
rompes la monotonía del tiempo
y el miedo te acaricia por las noches.
Callada, tejes en telares cada encuentro.

¡Ahí!
Donde las palabras se caen en pedazos
lo desconocido te aguarda.
Evocas instantes que alivian soledades
y la espera aguarda silenciosa.

¡Ahí!
Donde el amanecer ilumina tus pasos
tu mirada se mece en el ocaso,
abrigando deseos entre los surcos de tu piel,
abrazas tu rosario inundado de plegarias.

¡Ahí!
En una danza de medusas
refugias tus solitarias noches,

mientras hilvanas con hilos de espuma
el sendero que te aguarda silencioso.

¡Ahí!
Donde sonrías hoy y mueres cada tarde.

ONIRIA DESEANTE

I

Dejar correr y volver a sentirme
desde tu aliento hasta mis labios
ahí donde nace toda la nostalgia.

Nostalgia que vive debajo de mi ombligo
trazando los secretos.
Deseo donde la mirada abriga
el color del ámbar en tus muslos
que se anidan junto a mi sexo.

Sexo de agua
piel profunda que se vierte
sacudiendo mi naturaleza
silente
en esta hora incierta
la caricia que va fertilizando
baldíos que nacen de tu vientre
para comenzar de nuevo.

II

No es mi piel la que sale a tu encuentro
son tus ojos los que me encuentran
y bebo la tristeza
del color ámbar de tus muslos
que se abren a lo numinoso.

Donde una lágrima inunda mi nostalgia
un lapislázuli se enreda entre tu pelo
anidando el recuerdo de la espera
dejando huellas
susurrando al aire sin nombrarnos.

Quemas mi cueva doliente
donde libero las horas sombrías
de ausencias que se trepan por mis sueños.

III

Sé que intentas huir
pero regresas
quizá para mirarnos lento.

Sé de un miedo que murmura en el silencio
quizá para no caer en su propio abismo.

Sé del llanto que se ahoga en mi garganta
quizá para aligerar la espera.
Sé de mis pasos que te andan
en lo atemporal del alma
quizá para guardarte en mi memoria.

Sé de tus manos pétreas sobre el agua
quizá para olvidar la hambruna que guardo
entre mis muslos.

Sé de la adversidad de día y de noche
quizá para abrigar los sueños
que aún quedan por soñar.

IV

Es hermoso rondar el brillo de tus ojos
ver cómo abres un cielo
e incendias la lluvia
que atrapas en tu mirada.

Ahí me dejo ir a mi manera
bajo un vientre humedecido
y en el humeante esplendor del rocío
vivo lo que la belleza sueña.

V

Sin conocer la suavidad de las hojas viejas
como luz de otoño negada a envejecer,
caigo.

Tormenta de sombras que inundan esta piel
devorada por el tiempo
como si quisiera calcinarse en un trueno
y dejar de vivir este sueño
que amordaza de humedades
la doliente asfixia del recuerdo.

Encarno las palabras que lo salven
de entre las cenizas
y saber que en esta fragata he perdido la batalla.
Ahogado el latido más oculto de mi voz
naufragaré en la calidez de un sueño.

MA. DEL CARMEN IBARRA GARCÍA
(Saltillo, Coahuila)

Realiza sus estudios en Zacatecas capital. Su tesis de licenciatura se titula «Propiciar la lectoescritura en el nivel preescolar» y de maestría es «La historia de Sarahy una alumna migrante» (2004); actualmente perfecciona su investigación doctoral que versa sobre la promoción de lectura y escritura en las infancias. Es especialista en estudios de género por la Universidad Pedagógica Nacional. En 2023 gana el concurso estatal de cuento «Te lo cuento con valores» con su texto «Santiago no imaginó lo que pasaría». Actualmente forma parte de la colectiva Plumas del Desierto, donde comparte sus lecturas y continúa escribiendo.

MATILDE

Matilde sabe que tiene que elegir entre sollozar o seguir su dura y complicada existencia, asumir la línea que la ahora imprescindible vida le marca y que, de manera abrupta, le delimita; pero nada ni nadie, desde hace tiempo, determina el final de sus acciones.

Cuatro dedos, casi en garra, tapan de forma intencional una parte de su boca, como un gesto ya estudiado y repetido que se asoma con vehemencia cuando las cosas no van como ella espera; la mirada casi sin sentido y a punto de no saber qué sigue o qué incertidumbre envuelta en desasosiego le espera, como realidad que se esconde por ahí, en la mente, para no ser descubierta y de la cual apenas se nota su camuflaje con reveladas e innegables intenciones.

Nunca se ha quejado de los reveses de la vida, pero ahora es necesario hacerlo con toda la rabia y con el peso de sus años ya gastados. Insiste, con la peculiaridad que tiene de hacer de varios sucesos una fatalidad. En este instante es más que justificable. Debe entonces inquietar las largas horas que le esperan en este nuevo escenario que no solicitó, pero que desde ese día es parte de su cotidianidad.

Con el paso del tiempo, la desesperación aumenta, pasea de un lugar a otro y llega a donde mismo, repite una y dos veces más lo injusto que le resulta lo ocurrido, el poco valor que le dan y las irrisorias oportunidades que hay para ella a sus sesenta y seis años.

Transcurren los días, uno a uno, y todo es igual; nada que le permita seguir como avezada maestra en un nivel medio superior para impartir la clase que tanto gustaba a sus chicos; a ella, lo que más le satisfacía siempre fue compartir con ellos. De pronto se le ocurrió que tal vez sí, con su experiencia era probable mantenerse activa en algún periódico local, en editoriales, sí; en corrección de

estilo, es posible, como hacía algunos años; pero no, nada. Por el momento, la respuesta es desoladora: «le hablaremos luego».

Los últimos meses le pesan cada vez más y el dinero escasea. Es lastimoso percatarse de que la miopía progresá, aunada a esas catarratas que no atendió cuando era preciso. Es un alivio pensar que ese pequeño cuarto y esa cocinita son suyas por ahora, aunque Cata, la prima, no deja de husmear en espera de tener alguna parte de esa casa que, por derecho, también le corresponde. Dejó de tener por unos meses la visita de la hija de Antonia y eso le provoca un leve sosiego.

En esta situación que no deja de ser nueva, piensa que, debido a su muy escasa visión, tiene menos alternativas laborales, sumado a las pocas oportunidades que existen para personas mayores en esta pequeña ciudad. Esos lentes de nueva graduación deberían esperar.

¿Cómo imaginar un panorama favorable para alguien con tan escasas oportunidades a su favor?

Pues en este lugar no consigue el trabajo que requiere y que es, de alguna manera, parte importante de su vida. Se pregunta una y otra vez si su preparación no les es suficiente o si su experiencia no les basta; una desolación tremenda le agobia. Poco le comenta a su hermana, quien de vez en cuando la respalda, pero ese escaso y muy esporádico apoyo, no logra cumplir con las necesidades que su nueva circunstancia, que su nuevo estilo de vida, le demandan.

El tiempo trascurre sin ninguna novedad; las negativas cansan y pegan en el orgullo de una persona no acostumbrada a los rechazos y a la discriminación. Es temporada de recortes, en esta ocasión le corresponde a ella. ¿Qué hacer?, queda ya poco de la liquidación en el bolso; escribe a ratos, sin embargo, le carcome incansable la duda de que su novela pudiera tener la indiferencia de los lectores, como el apenado fin de su anterior texto. Entra al cuarto, se queda quieta observando aquella vela que ya debe apagar y escucha de nuevo aquellas palabras: «Maestra, ¿le han dicho lo buena que es usted? Ha logrado que muchos de nosotros nos atrevamos a dejar

correr la pluma en el papel». Una sonrisa de agradecimiento se asoma entonces en su viejo rostro que recuerda sucesos del pasado. Despierta de sus pensamientos y se dice: «está bien, ya es suficiente por el día de hoy, ja dormir!, mañana espero que algo suceda».

Esta mañana tiene todo para que las cosas salgan bien, en tanto relee un anuncio de clasificación. Esta es otra oportunidad que no puede dejar pasar. Lo piensa un buen rato, asiste a la vieja casona que guarda a personas seniles apartadas de sus hogares. No puede dejar de lado el trabajo que encontró un día antes en el periódico local; por el momento, es un respaldo a su economía. Va directo hacia ese lugar que no queda tan lejos de casa, de ser aceptada, podría ahorrar lo del transporte, iría y regresaría caminando. Llega unos minutos antes de la cita, observa con detenimiento: Casa de Retiro Santa Clara. Mira alrededor. Paredes viejas y carcomidas por el tiempo que pretenden disimular con composturas descuidadas la negligencia del lugar; sin embargo, los murales son reconfortantes y bellos. «Demasiado antigua», precisa; levanta la vista hacia las paredes y se dice: «Este albergue de seguro tiene más de cincuenta años». Mira al frente y observa dentro de una habitación que dos manos se mueven agitadas en un saludo. «¡Son ellas!, Celia y Eduviges», las reconoce de inmediato; Celia su amiga desde la infancia y Eduviges, su compañera en la secundaria. Quiere dirigirse para con ellas, pero una aguda voz la saca de su propósito.

Un «buen día» suena no muy lejos y la devuelve a la realidad.

—¡Hola!, mi nombre es Matilde, deseo saber si habría espacio para el puesto de cocinera —adelanta su intervención y saluda amable a la dueña del albergue.

—Sí, estuve revisando su currículum y veo que usted está muy preparada para ese puesto. Usted es docente igual que yo, no debería estar en un trabajo por debajo de su preparación—dice la mujer mientras la observaba detenidamente.

—No importa, yo podría tomar el trabajo, o en lo que pueda colaborar —repara rápido y con una ansiedad disimulada.

La interrumpe de inmediato su interlocutora con un gesto algo impropio.

—Sí, perdón —corta de tajo la dueña de la casona, ve a un punto fijo y repara en lo que dice.

—Mire, maestra, lo que en realidad vengo a decirle es que el puesto se encuentra ya ocupado —habla mientras apunta algo en su libreta.

—¿Usted podría recomendarme para algún trabajo? —dice Matilde de inmediato.

—Bueno, no por el momento, pero si conozco de alguno apropiado para usted, con todo gusto se lo haré saber, me comunicaré —le contesta con una voz que ahora le parece aún más aguda que al inicio.

—Sí, sí, con todo gusto —termina balbuceando.

Matilde está a punto de insistir de nuevo, pero intuye que aquella persona con voz punzante repetiría lo mismo. Ya no menciona palabra alguna; le agradece y se limita a regresarse una disimulada sonrisa encubierta en desencanto.

De pronto, de una habitación sale a toda prisa una de las empleadas, llega con cara afligida y cuerpo agitado.

—Maestra, de nuevo Eduviges y Celia salieron sin compañía y no han regresado. No sé cómo lo hicieron, le aseguro que no dejamos de vigilar —dice de prisa a la mentora.

—¡Esas dos de nuevo! —dice la encargada notablemente irritada, con su habitual ceño fruncido que mostraba cuando las cosas no iban como esperaba y colocando la palma de su mano sobre la frente.

—Pero esta vez no las buscaremos con igual empeño que la última ocasión, a fin de cuentas, no tienen quién vea por ellas ni a dónde ir —exclama con voz alta, segura y resuelta, encogiendo los hombros y haciendo una mueca semejante a un puchero.

Mientras las dos encargadas continúan discutiendo, Matilde, con el corazón cargado de desilusión, sale del albergue de ancianos.

Al ver a sus amigas, no lo piensa y corre tras ellas; espera que el viento en la cara le llene por un instante el agujero en el alma y así, al igual que estas, no tener que ir para ningún sitio.

SONIA IBARRA VALDEZ
(Zacatecas, Zacatecas)

Licenciada en Letras, maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas con orientación en Literatura Hispanoamericana y doctora en Estudios Novohispanos por la UAZ; asimismo, cuenta con una especialidad en Estudios de Género en Educación por la UPN, Zacatecas. Del 2018 a la fecha se ha dedicado a promover y difundir la literatura escrita por mujeres, en este tiempo ha coordinado la publicación de cinco antologías de escritoras zacatecanas y ha sido monitor de los talleres de escritura creativa de los proyectos: Metamorfosis, trazos de libertad, Los cuentos de Antígona y Reflexiones de Lisístrata, dirigidos a personas privadas de su libertad del Centro Estatal de Reinserción Social Femenil de Cieneguitas, Zacatecas, cuyos productos se publicaron en tres obras que llevan los mismos títulos. Sus creaciones literarias se han divulgado en revistas y obras colectivas como: *Círculo de poesía*, *Punto de partida*, *Redoma*, *La Gualdra*, *El tejido de la mujer araña*, *Y son nombres de mujeres*, entre otros. Actualmente es docente en el Centro de Actualización del Magisterio en Zacatecas y coordinadora de la colectiva Plumas del Desierto.

OLAS DE ARENA

Mi abuela no se ha ido. Nadie sabe que sigue escondida entre el laberinto de mi memoria. Cada cierto tiempo, ella encuentra la forma de visitar el jardín nocturno de mis sueños para pasar juntas momentos de complicidad. Una vez me pidió que fuéramos al mar, así lo hicimos. Caminamos descalzas por la orilla de la playa; me llevaba tomada del brazo y me dijo que la inmensidad le abrumaba. Tenía miedo. La tomé de la mano y continuamos la caminata. El aroma del mar no era el mismo, ni la brisa salada que pica en la piel; era el aroma de la abue, dulce, muy dulce, y la suavidad de la piel arrugada de sus manos. Sentí mi corazón hinchado, feliz. De pronto, sin darnos cuenta, una ola gigante nos arrastró. Dimos varias vueltas entre olas de arena, pero nunca la solté de la mano. Cuando logramos reincorporarnos, sólo me dijo entre enojo, asombro y risa: «pendeja, casi me ahogo». Solté una carcajada y el ocaso nos dejó en la oscuridad.

EN EL PATIO TRASERO

En el patio trasero de la familia Rosiba, la pequeña Ángela, descalza, corretea bajo el sol; no está sola, la acompaña una sombra que, aunque no la persigue, parece vigilarla desde los rincones. La silueta no es como las otras, no se estira ni se encoge al compás de la luz, tiene vida propia, se mueve de manera imperceptible, cambia de lugar sin aviso, como si fuera parte de un juego secreto de la niña. A veces, la deforme figura se esconde tras los árboles o se acurruca en las esquinas de las paredes y observa en silencio. Ángela siente su presencia como una compañía familiar, algo que siempre ha estado ahí, aunque nunca la ha visto del todo.

Ángela sabe que ese rincón del patio, donde la sombra se posa la mayor parte del tiempo, es especial. Las grietas en las paredes no son meras imperfecciones. Para ella son portales hacia otros mundos. Ha descubierto que dentro de esas grietas habitan seres invisibles. No los ve, pero los escucha. Criaturas hechas de polvo, tímidas, pero sabias, que le cuentan historias de mundos que existieron mucho antes de que el tiempo comenzara a marcarse por relojes. Le hablan de batallas bajo cielos olvidados y de ciudades escondidas bajo la tierra.

Las horas en ese patio no se miden en minutos, sino en lo que dura una brisa, esa que acaricia las hojas de los árboles y la carita de la pequeña, como si le estuviera contando un secreto que sólo ella puede escuchar. Para los entes que habitan en las grietas el tiempo no es más que un juego entre los secretos que vuelan en el aire.

Cuando la familia Rosiba se mudó a esa casa, las personas del vecindario se congregaron frente a la propiedad y hablaron entre ellas;

sin embargo, nadie se atrevió a advertir a los nuevos inquilinos de los extraños acontecimientos que ocurrían en ese lugar, razón por la cual siempre estaba deshabitado.

Mientras desempacaba y organizaba sus pertenencias, la madre de Ángela encontró en el armario de su habitación una fotografía antigua que mostraba lo que parecía una familia. Sin darle demasiada importancia, guardó la foto en una caja que más tarde dejó en la bodega de la patio, un lugar lleno de juguetes abandonados que pronto se convirtieron en el entretenimiento para la pequeña de la casa.

En una esquina de ese patio trasero se alza un pirul en cuyo tronco alguien había tallado la inquietante frase: *Aquí desapareció*. Desde el primer día, la mamá de Ángela vigiló celosamente a su hija cada vez que salía a jugar pero, al no observar nada fuera de lo común, pronto dejó de prestar atención, sin sospechar que en aquel sitio sucedían cosas que sólo los infantes podían percibir.

Al caer la tarde, el silencio espesa el ambiente. El triciclo abandonado junto al árbol comienza a mover sus ruedas y los juguetes en el suelo simulan estar tramando algo. Ángela lo sabe y sonríe porque, en su mundo, lo extraño es una invitación a explorar lo que los grandes han olvidado.

Mientras Ángela juega, la sombra que la acompaña empieza a comportarse de manera extraña. Ya no es una presencia agradable, se desliza más rápido de lo acostumbrado y se aferra a los rincones oscuros con una urgencia inquietante. La niña se siente incómoda; su curiosidad la lleva a seguir al ente hasta una ranura profunda que no había notado antes en la pared del patio. De repente, la abertura se ensancha y se escucha un susurro. La pequeña retrocede, pero ya es tarde. De la abertura emerge una niebla espesa que serpentea por el suelo y envuelve a los juguetes. Se siente cómo el aire congela la brisa de la tarde. Las criaturas que Ángela escucha ya no murmuran historias antiguas, ahora emiten chillidos, como advertencias distantes.

De pronto, la sombra se multiplica y crea figuras humanas retorcidas, una a una se arrastran fuera de la grieta, como si, durante siglos, hubiesen esperado este preciso momento. Los ojos de Ángela se agrandan, aquellas criaturas con las que jugaban ya no son inofensivas, se convirtieron en entes maléficos que la rodean lentamente; uno de ellos se dirige hacia la pequeña, alarga un brazo hecho de pura oscuridad y la niña siente una opresión en el pecho, como si drenaran el calor de su cuerpo. Los árboles se agitan. Ya no se siente el aire cálido, son ecos de risas malvadas. El triciclo se mueve y de sus ruedas brota un chirrido que parece burlarse.

Aterrorizada, Ángela intenta correr hacia su casa, pero el patio se alarga, las paredes se mueven y la sombra que la había acompañado durante tanto tiempo se alza delante de ella y se impone en su camino. Con una voz gutural le dice al oído: «te hemos estado esperando».



La madre de Ángela no podía quitarse de la cabeza lo que había leído en el pirul; así que decidió investigar. Preguntó al tendero, al carnicero y a las vecinas más cercanas, pero nadie tenía respuestas claras. Ante el silencio del vecindario, optó por buscar información por su cuenta y acudió a la biblioteca local, donde buscó en periódicos viejos.

Tras varios días de indagación, encontró una nota roja acompañada de una fotografía de la fachada de su hogar: *Encuentran dos cuerpos colgados en el pirul de la casa de la familia González, la niña sigue desaparecida*; en la misma página, reconoció a la pequeña que aparecía bajo el título *Se busca*: era idéntica a la niña de la imagen que había encontrado al llegar a su vivienda.

Siguió investigando en libros de historia de la región. Entre las páginas descubrió una antigua leyenda que hablaba de aquel pirul como un lugar de sacrificio para brujas. Según el relato, estas mujeres robaban a niñas para preparar ungüentos y brebajes que les permitían volar y conservar su juventud y belleza.

Aunque las historias parecían propias de un cuento, la mamá de Ángela intentó convencerse de que todo se trataba de una coincidencia o, tal vez, de su propia paranoia. Pero en el fondo, una inquietud la mantenía alerta.



Muchos años atrás, una niña desapareció en ese patio trasero, absorbida por aquellas sombras que ahora reclaman la presencia de Ángela. La historia está a punto de repetirse. El lugar se convierte en un vórtice de oscuridad creciente, las siluetas alcanzan a la pequeña y su risa infantil, mezclada con el viento, es lo último que se escucha antes de que el silencio caiga de nuevo sobre la casa de la familia Rosiba.



SHARON MELISSA LLAMAS CAMPOS

(Zacatecas, Zacatecas)

Como partera de almas, se formó como terapeuta transpersonal, de vinculación y terapia sistémica. Lleva por vocación el bienestar y la sanación emocional y espiritual de las mujeres mediante los círculos de mujeres, retiros, ceremonias y todos aquellos elementos terapéuticos que sirvan al propósito. Es amante de la naturaleza y de la chamanería; ama el cine, la música, la comida, viajar y contar historias; es esposa y madre de dos hijos, cuatro perrhijos y cuatro gathijos; su mayor inspiración es el amor por su familia. Su libro *Los círculos de mujeres* es un manual para la formación de espacios en donde las mujeres pueden trabajar y hacer conciencia de su poder.

CRONOLOGÍA DE LAS CANAS

Las más tempranas aparecieron cuando tenía apenas treinta años; mi mamá decía que eran las primeras señales de vejez, así que me las arranque una a una.

Después, de a poco, se asomaron otra vez, entonces decidí teñirlas de tonos castaños, cobrizos, caobas, con nombres tan exóticos como cereza, chocolate o rubí.

Tiempo después, cansada de esconderme mes tras mes debajo de una apariencia que no era real, tomé la inevitable decisión de mostrar todos mis años de un tirón. Salí a la calle aventurándome a ser libre, con el cabello gris, sin máscaras, sin pretensiones, orgullosa de cada una de mis canas.

Una cana por cada dolor de parto, una cana por cada lágrima cuando mis hijos se enferman, una cana por cada pleito con mi pareja, una cana por cada decepción, muchas más aparecieron cuando murió mi madre y otras más cuando perdí a mi padre.

Canas al aire... algunas también.

Esos hilos plata son la señal inequívoca del paso del tiempo; si nadie hubiese inventado los años, ellas serían la más grande referencia de la experiencia de una larga vida.

Porque, al menos en mi tribu, las mujeres más sabias son aquellas que exponen sus canas al sol en las tardes de domingo, cuando llevan de la mano algún retoño.

PATRICIA QUINTERO RODRÍGUEZ
(Zacatecas, Zacatecas)

Estudió la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Desde niña descubrió el mundo maravilloso de la escritura. Participó en el colectivo Líneas Negras con un cuento corto, «La visita». Asimismo, ha impartido talleres de títeres y reciclaje a niños de la capital zacatecana y también tiene dos años que incursionó en el mundo de la cartonería; participó en el XII concurso de arte popular 2023, ganando un tercer lugar.

NIÑOS TRAVIESOS

En un punto del planeta tierra, donde habitaban caxcanes y zacatecos, paseaba por caminos abundantes de zacate y flores silvestres, escuchando el concierto matutino de las aves. En ese momento recordé lo que por ahí dicen: la abuela materna es la encargada de transmitir a las nietas el conocimiento adquirido en su vida y al mismo tiempo les comparte la fuerza y el carácter para mejorar un avance armonioso en el clan familiar.

Mi nombre no es doña Clarisa, sin embargo, les contaré una pequeña parte de mi infancia.

Escúchame bien, Bety: antes se sufría mucho, de niña, no era como ahora que hay mucha ropa, antes no teníamos con qué vestirnos, no teníamos suficiente comida ni calzado. Mi mamá Gela le robaba un puñito de maíz a su Toño para hacernos tortillas con chile, esa era nuestra comida. Así que, cuando me casé y se murió su abuelo, me las ingenié para conseguir prendas y comida para mis hijos. Como dicen por ahí, «a sufrirle a la vida».

Remendaba la ropa, a más no poder, hacía sus sábanas y colchas de parches, poco a poco recolectaba retazos en buen estado, para luego convertirlos en hermosas creaciones, aprovechaba los botones, cierres en buenas condiciones y también salían limpiadores, entre otras cosas. Con esfuerzo, dedicación y trabajo, poco a poco construí una casita y me acomodé en dos cuartitos y una cocinita y lo demás lo rentaba, para ahorrar más dinero, para seguir construyendo; también tenía puercos, algunos eran para engordar y vender, otros para el consumo familiar al llegar la navidad, para preparar los tradicionales tamales y abastecimiento de manteca para cocinar, y otro tanto era para compartir con las personas que me llevaban desperdicios de comida, para ali-

mentarlos, porque «cuando llueve todos nos mojamos», decía mi madre.

Recuerdo cuando Juana, mi gran amiga de la infancia y de las aventuras del rancho, me visitaba y me encontraba haciendo gordas a mano. Todavía la recuerdo; cuando salíamos a la calle nos juntábamos para la pepena, muy contentas nos disponíamos a cargar lo que Dios nos pusiera en el camino. A veces también se quejaba Juana, «Juana la loca», así le decían. En forma de queja, me comentaba «ay, mi Clarisa con sus inquilinos, hasta uno la lleva», el reclamo desaparecía inmediatamente al ofrecerle, con agrado, una gorda hecha a mano, recién salida del comal, embarrada de asientos, de manteca de puerco y salsa casera con xoconostle.

A su tía Gabinita le daba mucho coraje que llegaran a comer los huicholes a su restaurante. Mire, pobres, es que traían mucha hambre y antes de comer sus frijoles y huevos que ordenaban, comían muchas tortillas y salsa, por eso no los quería como clientes. Pero nosotras sí los atendíamos. Mi hermana Gabinita era muy mala. Desde que murió Guadalupe tuve que trabajar para mantener y sobrevivir con mis hijos. Disfrutaba de levantarme muy temprano, luego de bañarme con agua fría; visitaba a algunas de mis nietas para recomendarles que se levantarán al amanecer, les decía: «es muy bueno iniciar el día con el canto de los gallos, mis hijas, para que reciban el fresco de la mañana». Me daba mucho gusto llegar a una casa y que me recibieran con un taco de salsa, me gustaba prepararme el taco con dos tortillas; una que me sirviera de plato y la otra de cuchara. También me gustaba usar uno o dos cambios de ropa, máximo tres, casi siempre traigo la misma. Eso sí, limpia, porque ropa que me quito al bañarme, cambio que lavo de inmediato. Tengo un ropero repleto de ropa, bien guardada, bajo llave, ¡me da trabajo sacarla!

En tiempos de tunas, las comíamos a todas horas, preparábamos nopalitos y gajos de nopal con chile colorado y masita, apro-

vechábamos lo que el campo nos regalaba, acompañábamos estas comidas con un jarro de atole de masa con piloncillo y canela.

Siempre me invitan las parejas de casados más jóvenes para que les enseñe cómo se entregan a los ahijados luego de bautizarlos, al final de la fiesta se tienen que entregar los niños y como ellos ya no acostumbran hacerlo y, aparte, no saben, me invitan para indicarles lo que digan: primeros compadres, ustedes van a decir: «aquí te entrego a mi ahijadito, que de la iglesia salió, con el primer sacramento que Dios le dio», y luego los segundos compadres dicen: «yo lo recibo en mis brazos con muchísimo fervor, que seremos compadritos, aquí y delante de Dios». Y al terminar de entregar al niño se tienen que saludar de mano los cuatro compadres. Pero no contaban con mi astucia, ya no les decía salúdense de mano, lo cambiaba por un moderno «chóquenla» y todos soltaban unas carcajadas.

Soy María Sabina y quedé viuda con mis hijos muy chiquitos e indefensos, soy muy trabajadora y fumo tabaco, porque yo me lo compro con el dinero que gano en mi trabajo. Sufrí mucho, con un esposo alcohólico y golpeador, tenía que trabajar y atender una pequeña tienda. De niñas, mi hermana y yo teníamos mucha hambre y salíamos al campo a buscar comida y de esta forma conocimos los honguitos que comíamos para saciar el hambre.

Gordon Wasson me conoció en la sierra Mazateca y, de un día para otro, ya se encontraba en mi choza para iniciar una ceremonia en la que fue invitado de honor, di comienzo con un rezo que dice:

*Soy la mujer reloj,
soy la mujer que mira adentro,
soy la que nada en lo sagrado,
soy la mujer que ríe,
soy la mujer que llora,
santo, santo, santo*

Y en medio de rezos y cantos, dirigí la ceremonia con el conocimiento de los años y el cabello blanco y con la guía de los «niños santos», y ya encontrándonos en plena oscuridad de la noche, el extranjero se quedó incrédulo al percibir que mi apariencia ya no era la de una anciana, para su sorpresa, ya era la niña María Sabina. Ahora me encontraba jugando y disfrutando como cualquier infante, en armonía, embriagada por los hongos.

De la misma manera, la abuela Clarisa y María Sabina fusionaban y jugaban con el tiempo, con los años y con la vida. Simplemente se divertían para darle otro matiz a las carencias, al sufrimiento y al dolor. Todo esto lo aderezaban con los frutos de la tierra, con el concierto de las aves diurnas, al despertar con un sol radiante, dándole la bienvenida a un nuevo día para comenzar sus labores cotidianas, y la noche las esperaba con gran anhelo para deleitarlas, en medio de ceremonias, santos y cantos sagrados, para finalmente tomar un merecido descanso.

Estaba leyendo un libro y en las primeras páginas me quedé dormida, entré en un sueño profundo: en él me encontraba con dos niñas en un verde y mágico campo, teníamos la capacidad de cambiar de edad y lugar a voluntad; jugábamos con el presente y el pasado. Caminamos y saltamos al mismo tiempo que recolectábamos chilitos y papitas de campo. Era después de un día lluvioso, y de pronto apareció el arcoíris que iluminaba todo a nuestro alrededor.

No estábamos solas. Nos acompañaban flores vestidas de blanco, amarillo y violeta, junto con el conejo de *Alicia en el país de las maravillas*, chapulines y venados de la sierra oaxaqueña. Incluso pequeños hongos salpicaban el paisaje, decorándolo de manera única. De repente, el sueño cambió de escenario y me encontré en un rancho electrónico. Allí estaba mi gran amigo Pablito. Nos sentamos en su cama vieja y polvorienta, en medio del humo y risas, en un espacio donde el tiempo parecía detenerse. Era un lugar donde carretas y caballos cobraban vida, y los personajes se reunían para

disfrutar de un delicioso asado de boda. De fondo, una canción comenzó a sonar y, sin darme cuenta, empecé a cantarla:

*Era un gran rancho electrónico
con nopales cibernetíticos
y sarapes de neón.
Era un gran pueblo magnético
con Marías ciclotrónicas,
tragafuegos supersónicos
y su campesino sideral...*

Se acaba la canción y despierto preguntándome, ¿qué pasó? Abro y cierro los ojos y termino la historia en mi cuarto de costura y reciclaje.

ALONDRA YETZEMANÍ CAMPOS GARCÍA

(Guadalupe, Zacatecas)

Licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma de Zacatecas y deportista activa en las artes marciales del Karate-Do con casi 10 años de experiencia. Se encuentra en el proceso de conocerse a sí misma por medio de la escritura. Le gusta contemplar amaneceres, caminar grandes distancias y beber mucho café. Sus géneros favoritos de lectura son la novela negra y la ciencia ficción con tintes históricos. Los primeros libros que leyó, estando en sexto de primaria, fueron *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín de Fernández de Lizardi, y *El Señor de los Anillos* de J.R.R. Tolkien. Para su onceavo cumpleaños, su madre la llevó a la librería a comprar los libros de este último autor, nunca olvidará este suceso en su vida, ya que su madre no podía pagarlos todos y un desconocido se acercó para completar la suma de dinero que se requería para poder adquirirlos. Catorce años después, sigue conservando estos ejemplares como su mayor tesoro.

EL ARTE DEL DESAMOR

En los días lluviosos sentía que, a momentos, mi cuadro del «Tú y Yo» se diluía, se borraba, porque era cuando no te podía ver, porque no acudías a visitarme.

Mis pensamientos se corrían, arruinando y manchando mi paleta de coloridas memorias, porque sentía que eras irreal, que no existías.

Sólo un boceto, a lápiz, que nunca se concluyó, y en la hoja de papel donde se contenía, se borró.

SINGULARITY

Trazo entre líneas
la singularidad de mi pluma
Dejo sobre el papel
mensajes obscenos

Mancho y derramo
pensamientos en tinta
Mi mano cansada
duele inspirada

Una línea desliza un recuerdo
un espacio entre palabras una ausencia
un punto y aparte una ruptura

ESCRIBO

Escribo para no consumirse

para llorar con palabras
que se entrelazan sobre páginas vacías
creando frases hablantes de mi dolor

Escribo para no morir en soledad
para encontrar al amor de mi vida
que decidió trazar la tinta de mi pluma
entre párrafos malditos

Escribo para todos y nadie
para que la voz cautiva en estos versos
libere a mi alma de papel
de sus entintados demonios

Escribo para ocultarme tras el nombre del autor
para que con mano desenfrenada
cree y destruya mundos
entre líneas

FOTOGRAFÍAS

Aquello que inmortaliza
aquello imperecedero
aquello que captura
aquello que desnuda tu esencia
aquello que se va quedando por el camino
en el pasado
Y al mirarlas
te escurres de nostalgia
te llenas de anhelo
te vacías de esperanza

porque aquello no volverá
porque aquello ya jamás será
Fotografías
aquello que de manera cruel
te recuerda
que no eres la misma de antes
Fotografías
con olor a recuerdos
con colores lejanos
con matices sin futuro

FAKE LOVE

Las luces de la ciudad
atestiguan el adiós que te susurro
a través de esta canción
dejando entre versos
todas aquellas caricias dedicadas

Regresamos como cada estribillo
a nuestras peleas de odio y reconciliación
profesando entre nosotros
ese círculo vicioso
llamado «Amor»

Como el título *Fake Love*
falsos parecen ya los días
en que una y mil veces
nos dijimos ¡Hola! y ¡Adiós!

DIME, ¿CÓMO LO HAGO?
¿Cómo decir adiós,
cuando quiero quedarme?

¿Cómo decir hola,
cuando nunca nos hemos visto?

¿Cómo preguntar cómo estás,
cuando ni siquiera existes?

¿Cómo extrañarte,
cuando tú no lo haces?

¿Cómo decir te amo,
cuando nunca hubo un nosotros?

¿Cómo despertar a tu lado,
cuando ni siquiera sueño?



MARÍA DOLORES GARAY GUERRERO

(Zacatecas, Zacatecas)

Es auxiliar contable y herrera de oficio, integrante de la colectiva Plumas del Desierto desde 2020, donde ha participado en diversos eventos como «Armonía de palabras», llevado a cabo en la Alianza Francesa en contra de la violencia de género; «Mujeres que escriben: experiencias y retos desde la diversidad», llevado a cabo en la UAZ, entre otras actividades relacionadas con la promoción y difusión de la escritura hecha por mujeres. Ha publicado en revistas y obras colectivas como *Tiempo de Zacatecas*. Se considera apasionada de la escritura y de la vida. En sus creaciones siempre se encuentra la chispa de comicidad que la caracteriza.

TÍO MENEA

Entre los habitantes de una pequeña población, donde las calles terminan en callejones, los jardines en patios y las viviendas en vecindades, residía en el quinto patio el tío Menea, mote adquirido por sus gesticulaciones, mímicas, movimientos exagerados y repetitivos que, por enojo o nerviosismo, iban y venían azuzando sin ton ni son, aunque se rumoraba, entre quienes lo conocían, que tales tics los utilizaba para ahuyentar a quienes le pedían algún favor y a los que le cobraban otro; la gente ante tales episodios se alejaba asustada encomendándolo a los santos o a los diablos, según fuera el caso.

El viejo desaliñado, con canas largas en la barba, cholla expuesta, ventanas abiertas en la sonrisa, tres dedos en la diestra y mirada de fanfarrón, comenzaba el día con apetito feroz, menester que mitigaba en la fonda La Hambruna; se despachaba rica sopa de «todo» lo de un día antes, bien licuadita y, sin tomar aliento, succionaba hasta la última gota del vaso de la licuadora. A veces, a su bolsillo les salían polillas y conversaban con el rechinar de trípulas; mañanas veraniegas que se presentaban calurosas, pues el astro rey acarreaba en su seno intensas brasas de radiación, era entonces que el tío Menea robaba huevos y los freía en el cofre de su auto destartalado.

Después de almorzar, se encaminaba a la alameda del pueblo, ubicándose, como de costumbre, a un lado del quiosco, bajo un mezquite dulce que le aguardaba cuando era necesidad desacalorarse o echarse un «coyotito», y si a tales propósitos no lo eran, gustaba de ver cómo pasaban corriendo los chiquillos del jardín de niños, que a esas horas salían hacia sus hogares columpiándose de las manos de sus cuidadores. Miraba el vaivén de la gente y se

aprevenía chupando las vainas del mezquite y las escupía para molestar, ya fuera a un hormiguero o a los transeúntes adinerados que gustaban de dar brillo a sus zapatos con doña Viki, la señora que daba lustre y esplendor al calzado de quien lo solicitaba.

El tío, con sus acostumbrados movimientos telúricos, podía estropear los zapatos recién lustrados expectorando las ensalivadas vainas mascadas, no importaba qué tan alejados estuvieran, tenía la habilidad de la puntería y los pulmones para hacerlo. El proletariado podía caminar sin preocupación, pero todo ricachón, politiquillo o junior hijo de papi que salían de con doña Viki volvía con la marca de aquella víbora escupidora. Varias veces quisieron golpearlo, la lustradora salía a defender a su clientela y a recordarle al tío su indeseable progenie. Era tanta la histriónica ira de la limpiadora de calzado que los clientes acababan por tranquilizarla y sólo bastaba un trapazo para volver a limpiar los zapatos expelidos y listo. Agradecidos los agraviados, salían con prisa, no sin antes, otorgarle más centavos de lo que valía la boleada.

Ya avanzada la tarde, el tío Menea levantaba bostezando su ya caduco físico y al estirarse emitía hedores y pujidos, volvía la cara al pasto y se enorgullecía del marcado contorno de su adormecido y quejumbroso cuerpo en la hierba, tan acentuado cual si fuera delineado por la tiza que los forenses dejan al encontrar un cadáver. Se despedía de doña Viki y, al extender la mano, esta le daba el porcentaje de los atracos por escupitajos del día y mil bendiciones por la ayuda recibida.

En algún otro día, cuando ocupaba su tiempo en la tarea rutinaria, refrescándose bajo el adusto mezquite, de entre sus ramas bajó una traviesa y dulce vaina; al acercarla a sus labios pareció escuchar: «soy aquella que, al succionar sus jugos, te hará recordar lo feliz que algún día fuiste»; sin prestar atención, sólo a un par de zapatos Oxford cafés recién boleados, la dulce agua sin querer tragó extasiado y el pobre vejete azotó desinflado.

Despertó en otra dimensión, en aquella que solemos visitar

cuando estamos muertos de cansancio, o no. Estaba dentro de un sueño tan profundo que parecía estar habitando la realidad, donde el dulce olor a champurrado invadía la morada, donde todavía existía la frazada de la abuela, viejas telas de colores recortadas y remendadas que lo ocultaban por las noches.

No lo podía creer, entonces levantó sus manos y las observó sin parkinson, sin callos ni uñas largas; sin suciedad ni resequedad; sin rastro de pecas, ni mutilaciones, todos los dedos estaban en su lugar. Caminó sin pensar y se encontró frente al espejo, ya no era chimuelo, ni viejo, tenía cabello otra vez y fuego de vida en los ojos; también se observó muy tersa la piel, enérgico, fuerte, varonil, estoico; en fin, era un chico de diecinueve años con o sin futuro. Al principio pensó que era otro ser, no él. Al dar un pequeño giro vio cómo su padre, aún afanoso, volvía de una de sus largas caminatas mañaneras por el campo donde llevaba consigo un sinfín de frascos vacíos que, a su vez, rellenaba de insectos; extraviado en el color de una mantis orquídea, pasó de largo.

Su madre lo llamó para almorzar; sin pensarlo corrió con el sabor de la comida en la boca que, aún sin probarla, ya había paliadeado. No terminó de cruzar el umbral de la cocina cuando, de repente, todo oscureció. Lo que era una vez de día de noche resultó. Observó de lejos un acto conocido de cómo él, o aquel chico, salía a hurtadillas de la granja, atesorando en el pecho un frasco de vidrio que tomó del despellejado escritorio de su padre y que minutos antes utilizaría para empezar a perpetuar el momento.

De qué forma, se preguntarán: el buche de vidrio volador recogía pasos apresurados de padre, consejos de buena voluntad y aventuras de abuelo, olor a pies, a elote recién cortado y risitas de diablura del pequeño hermano, sabores de la cocina de la abuela, dolores de espalda, linimentos, olor a jabón, rezos de la madre, memorias de nostálgica infancia, regaños y sentimientos guardados, miradas de acuerdos, sudor, embates de ventanas, de trabajo, de pensamientos, complicidad de peripecias; olor de chivos, de

perro, de gato; con emoción abarcaba cada rincón que quisiera reconocer en la distancia, allá cuando le hiciera falta saber quién era, de dónde venía, para así poder regresar, para no olvidar del todo.

Salía a conocer el mundo sin permiso ni previo aviso, pero se quiso llevar todo perpetuando la rutina, los sonidos, los pensamientos, los olores de cada centímetro de aquel hogar, aquellos dones físicos que se dan por sentados. De nada le servía la memoria del cerebro que estaba sedada, aletargada por la emoción de irse, alegría de andar, brío de viajar, juventud de conocer, ganas de perderse.



EUNICE MÉNDEZ ROMERO

(Ciudad de México)

Es egresada de la Facultad de Psicología de la UNAM, maestrante en Educación por la Benemérita Escuela Normal de Maestros y en Promoción y Defensa de los Derechos Humanos por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Especialista en Género por la UPN. Pertenece a la 5ta. Generación del Instituto Terapia Reencuentro España, como especialista en Autoconocimiento, Sexualidad y Relaciones Humanas, es Educadora para la Paz y los Derechos Humanos por la Asociación Mexicana para las Naciones Unidas. Diseña, implementa y evalúa acciones humanitarias a través de charlas, talleres y cursos con perspectiva de género y derechos humanos a grupos prioritarios: infancias y juventudes, comunidades indígenas, personas con discapacidad, personas mayores, entre otros. Su experiencia laboral se ha desarrollado en diferentes instituciones públicas, privadas y de la sociedad civil, elaborando propuestas educativas de intervención centradas en una metodología socioafectiva y psicosocial, desde una perspectiva de los derechos humanos para fortalecer los espacios formativos en la cultura de paz. La literatura forma parte de sus herramientas principales, tanto en su ámbito profesional como en su vida cotidiana.

PETATEARSE

I

—¿A este cómo lo vamos a matar? —hablaban en susurros Consuelo y María de la Paz.

—Ya no soporto verla sollozando por ese alfeñique —dijo María de la Paz.

—Lo único interesante que tiene es el apellido —contestó Consuelo.

—¡Hash, como si eso valiera algo! —replicó la primera abuela.

—¿Tú qué sabes? Si no me hubieran prestado el apellido para mi hija, la hubieran tratado como una bastarda en la escuela de monjas. Ya sabes, María de la Paz, lo piadosa que es la gente de la iglesia.

—Ya vas a empezar con tus indirectas apóstatas, Consuelo.

—Mi hija un día llegó a preguntarme por qué hacían dos filas las monjas. Una de las niñas con papá y mamá bien casados y otra de las ilegítimas, que solían bajar la mirada cuando les recordaban que cambiaran de fila. No quería eso para mi hija, de por sí discriminada por su piel blanca y la mía morena.

—Pues no hubieras tenido necesidad de mentirle a un juez y a la sociedad entera, incluyendo a tu hija, si hubieras hecho las cosas como Dios manda, Consuelo.

—¡Como Dios manda! No vivimos la ley de Dios, sino la ley de los hombres. Un hombre que toma el cuerpo y los sueños de una mujer sin su consentimiento, es un maldito. Y por eso tuvo una muerte fatal.

—¡A ver, ya! ¿Cómo vamos a matar a este? Mírala cómo llora, como si de veras valiera algo ese enano emocional.

—Pues es que esta se enamora de quien la acaricia como a un cachorro...

—Eso es por culpa de tu hijo. Ni cercano, ni amoroso, ni con mi hija ni con mis nietas. ¿Qué esperabas? Ellas están heridas de por vida. ¿Por qué fuiste tan desabrida y hosca, María de la Paz?, ¿para qué tener hijos, si no los ibas a querer?, ¿eso es lo que te enseñaron en el catecismo?

—¡Ay, ¡Consuelo, y tú qué sabes! Ese hijo mío nació así, raro. No le gustaba que lo abrazara. Así se hacen los hombres. Mi papá nunca me dirigió la palabra, es más, creo que ni me miró, y salí buena mujer. Eso de derramar miel no les forja el carácter. No le gustaba más que abrir y destripar los aparatos de la casa, ni nos dejaba oír la radio a gusto, sin renegar. Sufrí también sus continuos regaños y rechazo.

—Así era su padre, sólo decía puras frases condenatorias. ¿Para qué me fijé en un seminarista? Todo era pecado y de su boca salía ácido que ardía. Sólo órdenes, descalificaciones y comparaciones: «ay, ¿por qué no eres una mujer como las de mi pueblo, trenzada y sin zapatos, nomás con su delantal?, eres muy presumida», «deja ese trabajo de telefonista, la gente del pueblo me critica por tu desobediencia, dicen que si no tengo con qué mantenerte, que soy poco hombre», «y ni creas que mis hijas se irán a estudiar a ningún lado, para que luego mantengan al marido, y nosotros no tendremos quién nos cuide en la vejez». ¡Oh!, quizás en eso tenía razón, esta pobre niña sigue manteniendo haraganes con tal de que le den una migaja de amor, con tan buen corazón y tan poca cabeza, igual a tu Consuelo.

—¡A ver, ya! ¿Cómo lo vamos a matar? La muerte del otro nos salió de maravilla. Cáncer de testículo. Con su debida castración, y tan lenta como dolorosamente incapacitante. Jamás logró ver a nuestra bisnieta ni volvió a ponerle una mano encima a mi nieta querida. ¡Ay, ese borracho!

—Tú siempre escoges cáncer, María de la Paz, ¿te funcionó ver pagar a tu esposo con cáncer en la lengua?

—Sí, algo; por primera vez en 40 años dejó de ofenderme y humillarme con la palabra.

—A mí me gustan más las muertes violentas y fulminantes, de las que salen en los periódicos, para que todo mundo se entere de que esos desgraciados, de esa, no se levantan.

—¿Lo dices en serio?, el padre de tu hija fue asesinado a sangre fría.

—Sí. Cuando lo leí en el periódico sentí fuego en el vientre de la rabia que estaba latente desde el día que me encerró en ese cuarto y me embarazó; se las daba de luchador social, pero no era más que otro hombre que abusa del poder, beneficiándose de la impunidad de su apellido en la secretaría. Nadie me iba a creer, ni a respaldar, por ser sólo una secretaria. Así que leer la noticia de cómo lo asesinaron, sabiendo que eso iba manchar sus dos apellidos, me sacó la sonrisa del día.

—¡Ay, Consuelo, siempre tan superficial como todas las citadinas!

—Veo que aprendiste a insultar como lo hacía tu esposo, no te vaya a dar cáncer de lengua. ¡Ja, ja, ja! Todo el tiempo con tu amargura, deseándole el mal a tu nuera, torturándola cada vez que podías. La enloqueciste. Ves, también por eso mi niña ahora solloza. Todas las tardes me la mandaban a mi casa por un tecito de teme-acá. Mientras tú hacías tu llamada sádica. ¿Cómo te moriste antes de que yo pudiera hacerte algo mejor que un paro fulminante?

Así pasaban las horas de las dos abuelas, mirando y peleando desde el retrato pintado a mano, sobre el rebozo con el que abrazaron a su nieta de bebé.

—¡En qué cabeza cabe, meternos a las dos en el mismo retrato! ¡Qué nunca supo esta niña que no nos tolerábamos!

—Cállate, cállate, está volteando para acá, nos pondrá sus ojitos rojos suplicando consejo, ¿qué le vamos a decir?

—Pues que lo mate.

—Idiota. Y dejar al niño con la madre en la cárcel.

—Pues que se mate, de este desamor ya no se va a reponer.

—Más idiota aún. Y dejar al niño al cuidado de tu hija. Ni lo mande Dios, ponte seria que hay que ayudarla.

—Mientras pensamos en algo mejor, vamos a decirle que vaya al parque a dar una vuelta. Ahí por la fuente de los coyotes. Siempre le anima recordar nuestros paseos. Con suerte pasa a la iglesia y nos enciende unas veladoras; ya para ir tramitando la salida del purgatorio. Y al niño le hará bien salir y caminar, mira cómo está de preocupado de verla afligida.

—Bueno, mientras sale, vamos a revisar qué opciones tenemos.

—Podría morir atropellado en un accidente fatal mientras cruza la ciudad en su bicicleta.

—Bueno, no suena mal, pero mejor le escondemos el casco, para que no se muera, sino que quede parapléjico, como al papá de mi esposo. Ay, cómo me gustó ver padecer a mi suegra, cuidando a un paralítico diez años, era mala y envenenó el corazón de mi esposo y de quien pudo.

—No quieres que se muera, sino que sufra por huevón; pero ese plan no está bien, si lo dejamos con vida, su familia, en especial su mamá, se seguirá haciendo cargo de él. No, eso no es castigo para él, sino para su mamá. Te dije, María de la Paz, que lo dejaras morir cuando tragó cloro de la botella de *sprite*.

—Ay, no pude, su mamá es oradora nocturna como yo, y no me imagino el sufrimiento de esa santa.

—Oye, estoy viendo su alma, mira, estaba enterrada en un panteón, le hicieron vudú.

—Pues sí, Consuelo, nuestra nieta salió tan tonta como tú y le ayudó a resurgir de entre los muertos, ya estaba bien estancado y todo. Muerto en vida.

—¿Pues, ¿qué pasó?

—Creo que enloqueció a su novia anterior, la jovencita de secundaria que ahora vaga con la mirada perdida, inhalando, de día y de noche por las calles del oriente. Su mamá para vengar a su hija le hizo la brujería.

—Oye, eso no se me había ocurrido. La locura. La enfermedad mental y existencial. En vez de matarlo, no suena mal.

—No, no, no, en esta familia matamos. No dejamos almas en pena estropeando la vida de gente inocente. Imagínate cuando nuestro bisnieto, ya más grande, lo vea todo turulato, ay, no, qué carga para su alma dulce y buena. No, eso mejor no, no es de Dios.

—Bueno, que se muera en su vomito con una recaída de alcohol y drogas, ahí ahogado en esa casucha remota, primero lo encuentran los perros ferales y se lo devoran antes de que su familia dé con él.

—Ya sé, hay que ahogarlo.

—A ver, Consuelo, nunca te he reclamado que casi suicidas a mi nieta en el mar, le pusiste la cancioncita de Alfonsina en su cabecita y la llevaste a la orilla a tocar fondo. ¿Cómo te atreves? Yo la saqué de ese ensueño, pero por poco, no.

—Es que yo sé qué se siente morir de amor, ya no quería que sufriera, sino que se viniera conmigo. Siempre nos quisimos tanto. Pero tú no entiendes de amor, nunca amaste, ni a tu esposo, ni a tus hijos, ni a tus gatos. Vieja amargada.

—¿Que no sé de amor?, vi morirse a mi hija y a mi hijo más queridos. De eso nunca se recupera el corazón. Déjame en paz, que ya le daré mis cuentas a Dios. Hay que pensar fríamente cómo acabar con este manipulador. Pero primero hay que sacar a la chamaca adelante. Mira, cerca de ese jardín está Tere, la loquera, dicen quesque es psicoanalista, ya ves que a veces vamos a su consultorio a oír nuestras telenovelas, deja ver si me hace caso y saca cita.

II

—Mira, ya por lo menos dejó de llorar. Siempre le dije que «quien no oye consejo no llega a viejo». Parece que sí lo va a correr.

—A mi nieta no le han faltado pretendientes, ni ofertas amorosas, tan bonita sonrisa, como su corazón.

—Consuelo, déjate las cursilerías, la vez pasada casi lo dejó, cuando lo volvimos fanático de los Hare Krisna.

—Ay, sí nos pasamos con los votos de castidad, de todas formas, ni les alcanzaba para comprar carne.

—¿Y ahora con quién anda?

—Pues con el moreno ése, quiere acompletarse la vida. Ese sí me gustaba para ella, pero estaba muy verde. La quiero ver feliz. Y esta niña ya tiene un hijo, es mucho paquete para este.

—Ella necesita a alguien cercano a Dios. Con sonrisa limpia y mirada amplia. Alguien que ame leer y escribir, como mi esposo, que era profesor de literatura, cuando platicábamos de libros vieras qué bien la pasábamos, no todo fue malo. Ay no, Consuelo, morenos no. A ti te decían negra, y mira cómo te fue, hay que mejorar la raza. Sale igual enamorarse de un rico y guapo que de uno feo y pobre, y luego moreno...

—Ya regresó, mira, compró plantas. La dejé vivir en mi casa para que esté más tranquila de gastos... está poniendo música y ya se puso a escribir. Se va salvar de venirse con nosotras; yo le enseñé muchas cosas para salir adelante y sacar a su hijo.

—Yo les di la educación que quisieron mis hijas, y me empeñé en que fueran iguales o mejores que mis hijos. A esta nietecita güerita también le di tardes enteras mías, para que no se dejara de nadie. Eso sí, le dije que nada de abortos, porque eso no le gusta a Dios, pero siempre ha hecho lo que ha querido con su cuerpo, igualita que tú con sangre negra y caliente, Consuelo.

—Ay, viejita racista, te crees superior por tus ojos claros. Pero está feliz con ese moreno, ¿no es lo que queremos? Si no nos gusta, después, también se lo quitamos o lo matamos.

—Mira, la veo cambiada, como que eso de ir a chillar en el diván dos veces por semana la serenó.

—Si yo hubiera tenido eso, no me habría tragado la depresión. Ser una madre sola fue muy duro. Mi familia me dio la espalda y en el trabajo me señalaban a mí, a sabiendas de lo que me había hecho ese desgraciado al que le taparon todo en la secretaría. Pero mira nada más qué bonita hija tuve, risueña y fuerte. Lástima que esco-

giera a tu hijo, María de la Paz. Ella no es feliz, pero ahí se quedó nomás por cumplir con su familia y la sociedad. Hubiera preferido que fuera lista como mi nieta que, aunque la gente hablara, oyera a su corazón y se separara. Nuestra nieta ya lo corrió, entendiendo que el amor no es suficiente para quedarse. Ni aunque sea el padre de su hijo.

—Ella lo dejó porque me hizo caso a mí, yo le dije que se amara más a ella que a nadie. Es lo que nos enseñan en el catecismo, Consuelo. Ama a tu prójimo como a ti mismo.

—Mira, mira, ve lo que está escribiendo, es una esquela.

—Lo mató. Ella solita lo mató.

—Ay, qué alivio!

—Bendito sea Dios, qué bueno verla sonreír de nuevo.

—Bendito sea Dios.





Taberna Librería
Editores

PLUMAS DEL DESIERTO
17 ESCRITORAS MEXICANAS
de Arlett Cancino y Sonia Ibarra Valdez
(coordinadoras)
se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2025,
en los talleres gráficos de Signo Imagen.
Email: simagendigital@hotmail.com
500 ejemplares





